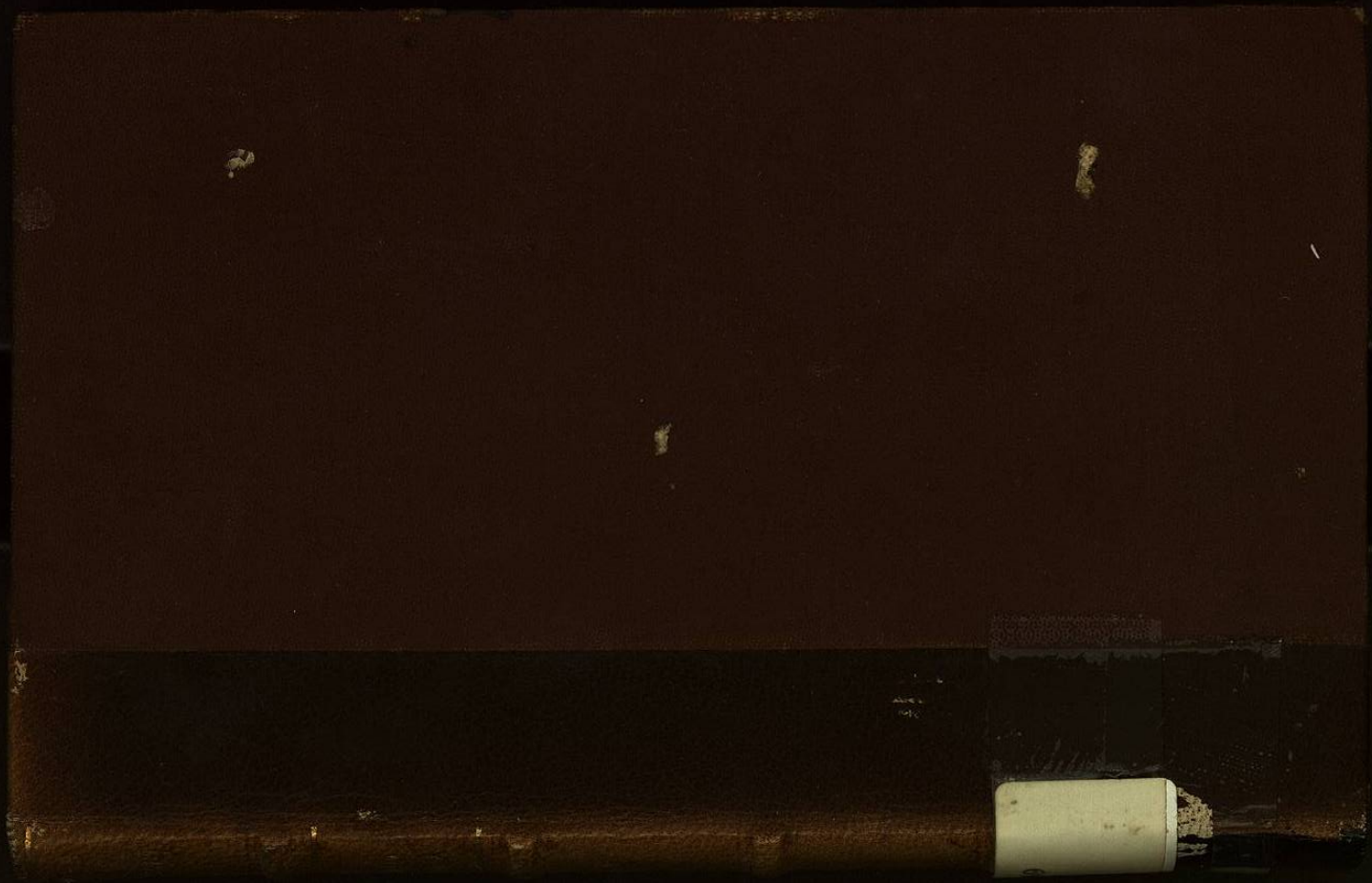

MAUPASSANT

EL
SUICIDIO
DEL CURA

PQ2349
S98

1020026659

CAPILLA ALFONSINA
UANL
FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

FONDO
RICARDO GOYARROLAS

EL SUICIDIO DEL CURA

Núm. Clas. CC
Núm. Autor M452su
Núm. Adq. 30528
Procedencia -8-
Precio
Fecha 6-69
Clasificó
Catalogó

30528

OBRAS
DE
GUY DE MAUPASSANT

	Tomos
El buen mozo	2
La señorita Perla	1
La criada de la granja	1
Berta	1
Bajo el sol de Africa	1
El testamento	1
La loca	1
El abandonado	1
Miss Harriet	1
Inútil belleza	1
El suicidio del cura	1

GUY DE MAUPASSANT

EL SUICIDIO DEL CURA

Traducción de AUGUSTO RIERA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

BARCELONA
Casa Editorial Maucci
Calle Mallorca, 166

BUENOS AIRES
Maucci Hermanos
Calle Cuyo, 1070

1905

30528

843
M.
PQ2349
S98

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

99874

Esta obra es propiedad de la Casa Editorial Maucci, de Barcelona.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Tipografía de la Casa Editorial Maucci.—Barcelona.

EL SUICIDIO DEL CURA

El suicidio del cura

Cuando los hombres del puerto, del puertecito provenzal de Garandou, situado en el fondo de la bahía de Pisca, entre Marsella y Tolón, advirtieron la barca del cura Vilbois que volvía de la pesca, bajaron á la playa para ayudarle á sacar la embarcación.

El cura la tripulaba solo y remaba como un verdadero marino, con un ardor grande, dados sus cincuenta y ocho años. Con las mangas arremangadas que dejaban al descubierto sus brazos musculosos, la sotana puesta entre las rodillas y desabrochada en el pecho, con el sombrero de teja en un banco y cubierta la cabeza con un casco de corcho y tela blanca parecía un robusto sacerdote de los países cálidos, más apto para las aventuras que para mascullar una misa.

De cuando en cuando miraba hacia atrás para ver dónde debía atracar y luego hundía de nuevo los remos en el agua de un modo rítmico, metódico y firme, para mostrar una vez más á los malos marineros del Sur, de qué modo bogan los hombres del Norte.

La barca tocó la arena y se deslizó por ella, como si fuese á atravesar la playa, hundiendo en ella su quilla; luego se detuvo en seco y los cinco hombres que miraban al cura, se le acercaron afables, contentos, con simpatía.

—¿Cómo ha ido esa pesca, señor cura?—preguntó uno con marcado acento provenzal.

El sacerdote arregló los remos, se puso el sombrero de teja, se bajó las mangas, abrochó la sotana, y después de tomar una compostura propia del párroco de la aldea, respondió con orgullo:

—Bien, muy bien; tres lubinas, dos lampreas y muchos salmonetes.

Los pescadores se habían acercado á la barca y, á fuer de inteligentes, miraban el pescado, las lubinas gordas, las lampreas de chata cabeza, asquerosas serpientes de mar y las escamas brillantes y rojizas de los salmonetes.

—Le voy á llevar el pescado á su casa—dijo uno.

—Muchas gracias, muchacho.

Después de estrecharles la mano el cura se puso en marcha seguido de uno de los marineros, mientras los otros cuidaban de su barca.

Andaba con paso largo y lento á un tiempo, que denotaba fuerza y dignidad. Como aun tenía calor á consecuencia de haber remado con fuerza, á veces se descubría al pasar por una sombra de los olivares, para exponer á la brisa de la tarde su frente cuadrada sobre la cual aparecía el pelo blanco, espeso y cortado al rape; una frente que más parecía de soldado que de eclesiástico. La aldea estaba en un otero en el centro de un ancho valle que formaba pendiente hacia el mar.

Era una tarde de julio. Deslumbraba el sol, ya próximo á ponerse detrás de las cumbres dentelladas de las montañas lejanas, y alargaba hasta lo indecible, sobre la polvorienta carretera, la sombra del sacerdote, cuyo sombrero enorme formaba una mancha obscura en los campos vecinos y parecía entretenerse en subir á todos los olivos y caer después al suelo, donde se arrastraba entre los árboles.

Bajo los pies del cura había una alfombra tupida de finísimo polvo, de ese polvo blanco que en vera-

no cubre los caminos del Mediodía, que se levantaba al andar y formaba una orla en la parte baja de la sotana, que cada vez tomaba un tinte más claro. Andaba ahora, ya más fresco, con las manos en los bolsillos, con el paso firme y reposado de un montañés que sube una cuesta. Su mirada tranquila se fijaba en la aldea, en su aldea, donde vivía desde veinte años atrás, cuyo curato obtuvo por especial favor y donde pensaba morir. La iglesia, su iglesia, coronaba el cono que formaban las casas apiñadas en torno de ella y erguía sus dos torres de piedra berroqueña, cuadradas y de desigual altura, que en aquel hermoso valle antes parecían defensas de una fortaleza que campanarios de un monumento sagrado.

El cura estaba contento porque la pesca había sido abundante.

Aquello era un triunfo de que se enorgullecería ante sus feligreses, que le respetaban mucho, quizás porque, á pesar de su edad, era el hombre más fuerte de la comarca. Aquellas inocentes satisfacciones de vanidad le producían gran placer. Tiraba la pistola hasta el punto de romper los tallos de las flores, esgrimía con el estanquero, su vecino, antiguo maestro de armas del regimiento, y nadaba mejor que todos los pescadores.

Era un antiguo hombre de mundo, muy conocido, muy elegante, el barón de Vilbois, que había tomado los hábitos á treinta y dos años á consecuencia de una pena amorosa.

Vástago de una noble familia picarda que desde muchos siglos antes daba todos sus hijos al ejército, á la magistratura ó á la iglesia, pensó primero en hacerse sacerdote por consejo de su madre; pero luego, á instancias de su padre, fué á París á estudiar Derecho para entrar en la magistratura.

Pero mientras terminaba sus estudios murió su padre de una neumonía contraída en los pantanos, y su madre murió de pena poco tiempo después. Habiendo, pues, heredado una gran fortuna, renunció á sus proyectos de carrera para limitarse á vivir como un hombre rico.

Guapo, inteligente, aun cuando imbuído de creencias, tradiciones y prejuicios, hereditarios como sus músculos de hidalgo picardo, fué bien acogido en la sociedad á fuer de joven rígido, opulento y bien relacionado.

Pero de pronto se enamoró de una actriz joven que acababa de salir del Conservatorio y había debutado con brillantez en el Odeón.

Se enamoró con toda la vehemencia, con todo el

ardor de un hombre nacido para creer en ideas absolutas. Se enamoró viéndola á través del papel romántico que tantos aplausos le valió por parte del público la noche en que por primera vez apareció en escena.

Era linda, ingénitamente perversa y con un aire cándido que Vilbois llamaba «su aire de ángel». Supo conquistarlo por completo, convertirle en uno de esos enamorados enloquecidos, uno de esos dementes á quienes una mirada ó unas sayas de mujer inspiran pasiones mortales. La tomó por querida, la hizo dejar el teatro y la amó durante cuatro años con creciente amor. A pesar de su nombre y de las tradiciones de su familia, se hubiese casado con ella, á no ser porque un día descubrió que hacía tiempo que le engañaba con el amigo que le había presentado á ella.

El drama fué tanto más atroz cuanto que ella estaba en cinta y que Vilbois esperaba el parto para decidirse á casarse.

Cuando tuvo en sus manos las pruebas, las cartas sorprendidas en un cajón, le reprochó su infidelidad, su perfidia, su ignominia con toda la brutalidad de su naturaleza semisalvaje.

Pero ella, hija de las calles de París, tan impu-

dente como impúdica, segura del otro amante y atrevida además como esas hijas del pueblo que suben á las barricadas por simple bravata, le desafió, le insultó, y cuando Vilbois levantaba la mano, le señaló el vientre con el dedo.

Vilbois se detuvo palideciendo, pensó que un descendiente suyo estaba allí, en aquella carne impura, en aquel cuerpo vil, en aquella criatura inmunda. ¡Un hijo suyo! Entonces se precipitó para aplastarles á los dos, para aniquilar aquella doble vergüenza. La joven tuvo miedo, viéndose perdida, y al caer de un puñetazo al suelo, al ver que su amante levantaba el pie para aplastar aquel vientre en que ya vivía un embrión de hombre, le gritó, con los brazos extendidos para evitar los golpes:

—No me mates. No es tuyo, es de él.

Saltó hacia atrás, tan sorprendido, tan trastornado, que su furor quedó en suspenso como su tacón, y balbuceó:

—¿Qué... qué dices?

Ella, enloquecida de miedo ante la muerte que había visto en la mirada y en el ademán pavoroso de aquel hombre, repitió:

—No es tuyo, es de él.

Vilbois murmuró aterrado:

—¿El niño?

—Sí.

—¡Mientes!

Y de nuevo levantó el pie para aplastarla, mientras ella, de rodillas, tratando de retroceder, repetía de continuo:

—Te digo que es de él. Si fuera tuyo ¿no habria nacido hace ya tiempo?

Aquel argumento le hirió como una verdad indubitable. Por uno de aquellos relámpagos de pensamiento en que todos los razonamientos aparecen á la par, claros, precisos, irrefutables, concluyentes, irresistibles, quedó convencido, seguro de que no era el padre del miserable hijo de ramera que llevaba su querida en el seno, y tranquilizado, aliviado, casi apaciguado, renunció á matar á aquella infame criatura.

Entonces le dijo con acento más tranquilo:

—Levántate, vete, y que no vuelva á verte jamás.

Vencida, obedeció y se fué.

No la volvió á ver.

Vilbois marchó de París. Fué hacia el Mediodía, hacia el sol, y se detuvo en una aldea que estaba en el centro de un valle, mirando al Mediterráneo. Le

gustó una posada cercana al mar; alquiló una habitación y permaneció allí. Permaneció en aquella aldea dieciocho meses, desesperado, triste, en completo aislamiento. Vivió con el recuerdo devorador de la mujer traidora, de su encanto, de su ángel incomprensible, y echando de menos su presencia y sus caricias.

Erraba por los valles provenzales, paseando por el sol, tamizado por las hojitas grises de los olivos, su pobre cabeza que albergaba una tremenda obsesión.

Pero sus antiguas ideas piadosas, el ardor un tanto apagado de su fe primera renacieron dulcemente en su corazón en aquella soledad dolorosa. La religión que en otro tiempo se le antojara un refugio contra la vida desconocida, le aparecía ahora como un refugio contra la vida engañadora y penosa. Había conservado la costumbre de rezar. Movido de su pesar, rezó más á menudo, y muchas veces, á la hora del crepúsculo, iba á postrarse en la iglesia obscura, donde únicamente brillaba, en el fondo del coro una lámpara que era como el sacro guardián del santuario, símbolo de la presencia divina.

Confió su pena á Dios y le confesó su miseria inmensa. Le pedía consejo, piedad, socorro, pro-

tección, consuelo y su oración, cada día más ferviente, despertaba en él una emoción más intensa.

Su corazón lastimado, roído por el amor de una mujer, permanecía abierto y palpitante, ávido siempre de ternura; y poco á poco, á fuerza de rogar, de vivir como un asceta, de entregarse á esa comunicación secreta de las almas devotas con el Señor que consuela y atrae á los desdichados, el amor místico de Dios penetró en su pecho y dominó la pasión antigua.

Entonces volvió á sus primeros proyectos, y se decidió á ofrecer á la Iglesia una vida sin objeto que estuvo á punto de darle pura y sin mancha.

Recibió órdenes. Por su familia, por sus relaciones obtuvo la gracia de ser nombrado párroco de aquella aldea de Provenza donde la casualidad le arrojara, y habiendo consagrado gran parte de su fortuna á obras de beneficencia y guardado sólo para sí lo necesario para poder ser útil á los pobres, se refugió en una existencia tranquila de prácticas piadosas y consagrado casi por entero al bien de sus semejantes.

Fué un sacerdote poco ilustrado, pero bueno, una especie de guía religioso con temperamento de soldado, un guía de la Iglesia que trajo á la fuerza,

por el buen sendero, á la humanidad errante ciega, perdida en la selva de la vida, de la cual todos nuestros instintos, nuestros gustos, nuestros deseos son caminos de perdición. Pero quedaban en él resabios de su antigua condición. Gustábanle los ejercicios violentos, los sports, las armas, y detestaba á las mujeres, á todas, sobrecogido de un miedo de niño ante un peligro misterioso.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

II

El marinero que seguía al cura tenía ganas de charla; pero no se atrevía porque el párroco ejercía gran prestigio sobre sus feligreses. Por fin se decidió:

—¿Cómo le va en su quinta, señor cura?

La quinta era una de esas casas microscópicas donde los provenzales de las ciudades y de las villas van á vivir en verano, para tomar el aire. El cura había alquilado aquella barraca, situada entre unos campos, á cinco minutos del presbiterio, harto aprisionado por las demás casas de la aldea.

No la habitaba de continuo, ni aun en verano; sólo iba de vez en cuando para respirar mejor, vivir en pleno campo, y tirar al blanco.

—Bien, amigo mío; estoy á mis anchas en ella —contestó el sacerdote.

La casita baja aparecía en el centro de un olivar, pintada de color de rosa, medio oculta por las ramas y las hojas de los olivos, entre los cuales parecía haber brotado á guisa de un hongo gigantesco.

Desde lejos se veía una mujer que pasaba y volvía á pasar por delante de la puerta, preparando, con lentitud metódica una mesa, sobre la que ponía un solo cubierto. Llevaba el cucurucho de las arlesianas, de seda ó terciopelo, en cuyo extremo hay una borla blanca.

Cuando el cura estuvo cerca, gritó:

—¡Eh! ¡Margarita!

Se detuvo la interpelada, y respondió al ver á su amo:

—¡Ah! ¿Es usted, señor cura?

—Sí. Traigo buena pesca. Va usted á asarme en seguida una lubina con manteca, con manteca sola, ¿oye?

La criada, que había salido, examinaba con complacencia los pescados que traía el marinero.

—Es que ya tenemos arroz con pollo—dijo.

—No importa. Comido al día siguiente no es tan bueno el pescado. Voy á comer bien; lo cual no es un gran pecado.

La sirvienta escogió la lubina y cuando ya la llevaba á la cocina, se volvió.

—¡Ah! Ha venido un hombre á buscarle, señor cura. Ha estado tres veces.

El sacerdote preguntó con indeferencia:

—¿Un hombre? ¿Qué clase de hombre?

—Un tío de mala facha.

—¿Un mendigo?

—Acaso sí; pero más bien parece un vagabundo.

El cura se rió del temor que revelaba el acento de Margarita, la cual, mientras estaban en la quinta, imaginaba que iban á ser asesinados, singularmente por las noches.

Dió unos céntimos al marinero, que se marchó, y se disponía á lavarse cara y manos antes de comer, cuando Margarita, que limpiaba el pescado en la cocina, haciendo saltar las escamas plateadas, exclamó:

—¡Aquí está!

El cura miró hacia la carretera y vió un hombre, que de lejos parecía muy mal vestido, que se acercaba lentamente á la quinta. Le aguardó, sonriendo del miedo de su criada, y pensó: «¡Pardiez! Creo que tiene razón; parece un vagabundo».

El desconocido se acercaba, mirando al sacerdote, con las manos en los bolsillos, sin prisa. Era joven; llevaba toda la barba, rubia y rizada, y los cabellos, rizados también, se escapaban de un sombrero tan sucio y abollado, que nadie hubiese sido capaz de adivinar su primitiva forma ni su color. Llevaba un gabán color de chocolate, un pantalón deshilachado por abajo, y calzaba alpargatas, lo cual hacía que sus pasos fueran silenciosos como los de un ratero.

Cuando estuvo cerca del sacerdote se quitó el harapo que llevaba en la cabeza con un ademán algo teatral, mostrando una frente enérgica y un cráneo ya despoblado por las penas ó por un libertinaje precoz, pues apenas si aquel hombre tenía veinticinco años.

El cura se quitó también el sombrero, porque adivinó en seguida que no se trataba de un vagabundo vulgar, de un obrero sin trabajo ó de un antiguo presidiario, errante por el mundo sin saber adónde dar con sus huesos.

—Buenos días, señor cura—dijo el desconocido.

El sacerdote contestó sólo: «Buenos días,» no queriendo dar el nombre de señor á aquel viandante sospechoso y harapiento. Se contemplaban fijamente y el cura Vilbois se sentía turbado ante la

mirada de aquel hombre, conmovido como ante un enemigo oculto, sobrecogido por una de esas extrañas inquietudes que penetran en la carne y en la sangre.

Por fin, el vagabundo dijo:

—¿Me reconoce usted?

El sacerdote, muy admirado, contestó:

—No; no le conozco poco ni mucho.

—¡Ah! ¡no me conoce! Míreme con atención.

—Veo que no le he visto jamás.

—Es verdad,—replicó el vagabundo con ironía; —pero va á ver usted alguien á quien conoce más.

Se cubrió y desabrochó el gabán. Tenía el busto desnudo. Una faja colorada sostenía el pantalón.

Sacó del bolsillo un sobre, uno de esos sobres inverosímiles lleno de manchas, en los cuales guardan los miserables, en los bolsillos ó en los forros de la chaqueta, los documentos verdaderos ó falsos, robados ó legítimos, preciosos defensores de su libertad contra los gendarmes. Sacó de él una fotografía pequeña, amarillenta, sucia, arrastrada por todas partes, empañada por el calor del cuerpo de aquel hombre.

Entonces, poniendo el retrato á la altura de su cara, preguntó:

—Y á éste, ¿le conoce usted?

El cura dió dos pasos para ver mejor y quedó pálido, trastornado, pues era su propio retrato, hecho para ella, en la época lejana de su amor.

No contestó nada, porque nada comprendía aún.

El vagabundo repitió:

—Y á éste, ¿le conoce?

—Sí.

—¿Quién es?

—Yo.

—Es usted, ¿verdad?

—Sí.

—Bueno; ahora mire usted su retrato y míreme á mí.

Ya había mirado y visto el infeliz; había visto que aquellos dos hombres, el del retrato y el que le hablaba, se parecían como dos hermanos; pero aun no comprendía y balbuceó:

—¿Qué es lo que usted quiere?

Entonces el vagabundo respondió con acento burlón:

—Quiero, primeramente, que me reconozca.

—¿Quién es usted?

—¿Quién soy? Pregúnteselo á cualquiera que pase; pregúnteselo á su criada; vamos á preguntárse-

lo al alcalde si usted quiere, enseñándole esta fotografía, y crea usted que se echará á reir. ¡Ah! ¿No quiere usted reconocer á su hijo, padre cura?

Entonces el anciano, levantando los brazos con ademán bíblico y desesperado, gimió:

—No es verdad.

El joven se le acercó y mirándole á los ojos le dijo:

—¡Ah! ¿No es verdad? Es preciso no mentir más ¿oye usted?

Tenía una expresión amenazadora y los puños cerrados, y hablaba con una convicción tan vehemente que el sacerdote, retrocediendo, se preguntaba quién de los dos se equivocaba en aquel momento.

Sin embargo, afirmó de nuevo:

—No he tenido ningún hijo.

El otro replicó:

—¿Ni tampoco querida, quizá?

El viejo pronunció una sola palabra, una altiva confesión.

—Sí.

—¿Y esa querida no estaba en cinta cuando usted la echó de su casa?

De súbito la antigua cólera, ahogada durante

veinticinco años en el corazón del amante, pero no aniquilada, rompió las ligaduras de la fe, de la devoción resignada, de la caridad, y el sacerdote, fuera de sí, gritó:

—La eché porque me había engañado, porque llevaba en el vientre el hijo de otro, pues á no ser por esto la hubiera matado y á usted con ella.

El joven vaciló, sorprendido á su vez por la violencia no fingida del cura, y contestó con más calma:

—¿Quién le dijo que era hijo de otro, caballero?

—Ella, ella misma, desafiándome.

Entonces el vagabundo, sin contradecir tal afirmación, replicó con el tono indiferente de un pillastre que juzga un asunto.

—¡Bien! Fué mamá la que se engañó ó quiso burlarse de usted.

Dueño otra vez de sí mismo, después de aquella explosión de furor, el cura preguntó á su vez:

—Y ¿quién le ha dicho á usted que era hijo mío?

—Ella al morir, señor cura... ¡Y luego esto!

Y enseñaba el retrato.

El viejo lo tomó y lenta, largamente, con el corazón angustiado comparó aquel vagabundo desconocido con su propia imagen, y no dudó más. Era su hijo.

Una gran angustia se apoderó de su alma, una pena aguda, horrorosa, como el remordimiento de un crimen antiguo. Algo comprendía, adivinaba el resto, recordaba la escena brutal de la separación. Para salvar su vida amenazada por el hombre ultrajado, la engañadora y pérfida mujer había proferido tal mentira. Y él la creyó. Y un hijo suyo había nacido y crecido, y ahora le tenía ante sus ojos convertido en un vagabundo que á la legua olía á vicio y á crimen.

Murmuró:

—¿Quiere usted pasear un momento conmigo, para hablar más despacio?

El vagabundo accedió:

—¡Ya lo creo! Para hablarle, precisamente, he venido.

Anduvieron juntos por el olivar. El sol se había puesto. La frescura de los crepúsculos del Mediodía extendía por la campiña su invisible manto.

El sacerdote se estremecía y levantaba á menudo la mirada, viendo por todas partes las hojitas grises del árbol sagrado que abrigara bajo su sombra el más punzante dolor, el solo desfallecimiento de Jesucristo.

Una oración brotó de su pecho, corta y angus-

tiosa, formulada por esa voz que no pasa por los labios y con la cual los creyentes invocan al Señor: «Dios mío, socorredme.»

Luego, volviéndose hacia su hijo:

—¿Su madre de usted ha muerto?

Un nuevo pesar se despertaba en él al pronunciar aquellas palabras. Crispaba su corazón una extraña pena, la pena del hombre que no ha olvidado por completo, un eco cruel del tormento soportado, un estremecimiento de aquella delirante y breve dicha de juventud, de la que ya sólo quedaba la llaga del recuerdo.

El joven contestó:

—Sí, señor cura.

—¿Hace tiempo?

—Sí, tres años.

Una nueva duda asaltó al cura.

—Y ¿por qué no vino usted á encontrarme antes?

El joven vaciló.

—No pude. Se presentaron dificultades... Pero permítame que interrumpa estas confidencias, que reanudaré luego, con cuantos detalles quiera, para decirle que desde ayer mañana no he comido ni un bocado.

Un impulso de piedad conmovió al sacerdote, que dijo, tendiendo ambas manos:

—¡Pobre hijo mío!

El joven estrechó aquellas manos grandes y fuertes entre las suyas.

Luego contestó con aquel acento burlón que le era habitual:

—¡Ah! Empiezo á creer que seremos amigos.

El sacerdote echó á andar.

—Vamos á comer—pronunció.

Pensaba de pronto, con una alegría confusa, instintiva y extraña en el hermoso pescado que pescó por la tarde, y que, con el arroz con pollo, haría una buena comida para aquel pobre hambriento.

La arlesiana, inquieta ya y regañona, esperaba en la puerta.

—Margarita—gritó el párroco,—quite la mesa, llévela á la sala, disponga dos cubiertos volando.

La criada permanecía muda de estupor y de miedo, pensando que su amo iba á comer con aquel perdis.

Entonces el mismo cura puso mano á la obra, y ayudó á transportar la mesa.

Cinco minutos después, estaba sentado enfrente del vagabundo, delante de una sopera llena de sopa de coles, de la que se escapaba un ligero vapor.

III

Cuando los platos estuvieron llenos, el vagabundo comió con rapidez. El cura no tenía apetito, y únicamente sorbía el sabroso caldo, dejando el pan en el fondo del plato.

De pronto preguntó:

—¿Cómo se llama usted?

El miserable, satisfecho de apagar el hambre, dijo riendo:

—Hijo de padre desconocido; no tengo otro nombre que el de mi madre, que usted debe recordar. En cambio me han dado dos nombres que no me gustan pizca: «Felipe-Augusto».

El cura palideció, y preguntó con un nudo en la garganta:

—¿Por qué le han puesto ese apodo?

El vagabundo se encogió de hombros.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

– Debe usted adivinarlo. Después de dejarle á usted mi madre, ha hecho creer á su nuevo amante que yo era su hijo, y lo ha creído hasta que yo tuve quince años. Pero entonces empecé á parecérmele á usted, y el canalla renegó de mí. Me llamaron, pues, Felipe-Augusto, y si hubiese tenido la suerte de no parecerme á nadie ó de ser hijo de un tercer amante desconocido, ahora me llamaría el vizconde Felipe-Augusto de Pravallón, hijo reconocido del conde del mismo nombre, senador. Yo me he bautizado con el nombre de «Sin-Suerte».

—¿Cómo sabe usted todo eso?

—Porque hubo explicaciones en mi presencia, explicaciones nada amistosas. Eso le enseña á uno á conocer la vida.

Algo más penoso y tremendo que cuanto había oído durante los últimos treinta minutos, oprimía al sacerdote. Era una especie de ahogo que crecía, crecía y acabaría por matarle. Y no dimanaba de las cosas que le explicaban, sino del modo cómo eran dichas, y de la expresión de crápula del que las recalcaba. Entre aquel hombre y él, entre su hijo y él, empezaba á notar aquella cloaca de inmundicias morales, que es un veneno para ciertas almas. ¿Aquel era su hijo? No podía creerlo. Quería todas las pruebas, todas, saberlo, averiguarlo, sufrirlo todo. Pensó en los olivos que rodeaban su quinta, y murmuró de nuevo: «Dios mío, socorredme».

Felipe-Augusto había acabado el plato de sopa. Preguntó:

—¿No se come más, señor cura?

Como la cocina estaba separada de la casa, y Margarita no podía oir la voz del cura, éste la llamaba por medio de un goug chino colgado detrás de él, junto á la pared.

Tomó el martillo de cuero y golpeó la redonda plancha de metal.

Un sonido débil al principio, se escapó del instrumento, creció, se acentuó, vibrante, agudo, desgarrador, horrible; queja del bronce herido.

Apareció la criada. Tenía el rostro contraído y lanzaba miradas furiosas al mendigo, como si su instinto de perro fiel le revelara el drama que amenazaba á su amo. Llevaba en una fuente la lubina asada, de la que se escapaba un sabroso olor de manteca fundida. El cura hendió con una cuchara el pescado de la cabeza á la cola, y ofreciendo el filete al hijo de su juventud, dijo:

—Yo mismo lo he pescado hace poco,—dijo con

un dejo de vanidad que no pudo matar la pena que sentía.

Margarita no se iba.

El cura añadió:

— Traiga usted vino, del bueno; del cabo de Córcega.

La criada casi protestó, y el cura repitió con severidad:

—Vamos, traiga dos botellas.

Pues cuando por casualidad ofrecía vino á alguien, tomaba también una botella para sí.

Felipe-Augusto, muy satisfecho, murmuró:

—¡Caramba! ¡Buena idea! Hace tiempo que no he comido tan bien.

La criada volvió al cabo de dos minutos que al sacerdote se le antojaron largos como siglos, porque ahora anhelaba saber, saberlo todo.

Las botellas estaban destapadas pero la sirvienta permanecía inmóvil mirando al vagabundo.

—Retírese—dijo el cura.

Fingió ella no oir.

—Le digo que se retire—repitió entonces con dureza.

Felipe-Augusto comía el pescado con avidez; y su padre le miraba, cada vez más sorprendido y

desolado de cuanto de bajo y vil descubría en aquella cara que tanto se parecía á la suya. Los bocaditos que el párroco llevaba á la boca, no podía comerlos y los mascaba largo rato, pensando entretanto en cual pregunta haría primero.

Por fin dijo:

—¿De qué enfermedad murió su madre?

—Del pecho.

—¿Padeció mucho tiempo?

—Unos dieciocho meses.

—¿Cómo contrajo la dolencia?

—No lo sé.

Callaron. El cura meditaba. Había mil cosas que le atormentaban, que hubiese querido saber, pues desde el día del rompimiento no supo nada de ella. Cierto que tampoco había procurado saber, porque había sepultado en el olvido, su memoria y su dicha pasada; pero ahora que sabía que estaba muerta, se despertaba en él un ardiente deseo de saber, un deseo celoso, casi un deseo de amante.

Añadió:

—No vivía sola, ¿verdad?

—No, vivía con él.

El viejo se estremeció.

—¿Con Pravallón?

Felipe-Augusto bebía copa tras copa. Se le encandilaban los ojos y su largo ayuno le predisponía á una rápida borrachera.

El cura lo notó; estuvo á punto de contenerle; pero luego, pensando que el vino hace charlar, le llenó la copa de nuevo.

Margarita traía entonces el arroz con pollo. Después de dejarlo en la mesa, miró al vagabundo y dijo á su amo con expresión indignada:

—Mire usted que está borracho, señor cura.

—Déjanos en paz y vete—respondió Vilbois.

Salió dando portazo.

El cura preguntó:

—¿Qué decía de mí, su madre de usted?

—Lo que se acostumbra á decir de un hombre que se ha abandonado; que tenía malas pulgas, que no haría feliz á ninguna mujer... ¡qué sé yo!

—¿Lo decía á menudo?

—Alguna vez, de un modo velado, para que yo no lo entendiera; pero no se me escapaba nada.

—¿Y cómo le trataban á usted?

—Primero muy bien; luego muy mal. Cuando mamá vió que le echaba á perder sus cuentas, me tiró al agua.

—¿Cómo?

—Sí.

Calculó entonces que la mujer que le engañara había vivido más de veinte años con su rival.

El cura preguntó casi á su pesar:

—¿Fueron dichosos?

El joven dijo:

—Sí, á ratos. A no ser por mí, fueran felices. Yo siempre lo he echado á perder todo.

—¿Cómo, por qué?

—Ya se lo he dicho. Porque creyó que yo era su hijo hasta que tuve quince años. Pero como el viejo no era tonto, descubrió el parecido y ¡hubo cada cisco! Yo escuchaba junto á las puertas. Acusaba á mamá de haberle engañado. Mamá contestaba: «¿Es culpa mía acaso? Cuando me has tomado, bien sabías que era la querida del otro.» El otro era usted.

—¡Ah! ¿Hablaban de mí á veces?

—Sí, pero nunca le han nombrado delante de mí, hasta que mi madre estaba muriendo. Desconfiaban.

—Y usted... ¿descubrió pronto que su madre no estaba casada?

—¡Ya lo creo! No tengo nada de cándido. Esas cosas se adivinan en seguida que uno empieza á conocer el mundo.

—Muy sencillo. A las dieciséis años cometí unas faltillas y me metieron en una casa de corrección para desembarazarse de mí.

Apoyó los codos en la mesa, las mejillas en las manos, y embriagado del todo, le acometió una invencible tentación de hablar de sí mismo, una de esas tentaciones que hacen que los borrachos divaguen contando hazañas ó fechorías reales ó imaginarias.

Sonreía cariñosamente, con una gracia femenina en los labios, una gracia perversa que el cura recordó. La recordó, aborrecida y acariciadora, aquella gracia que en otro tiempo le conquistara y perdiera. Ahora el hijo se parecía á la madre, no por las facciones sino por la mirada seductora y falsa, y por la gracia de la sonrisa engañosa que parecía abrir la puerta de la boca á todas las infamias internas.

Felipe-Augusto dijo:

—¡Ja! ¡ja! ¡ja! Desde la casa de corrección mi vida ha sido bien estrafalaria; un novelista pagaría á buen precio el relato de mis aventuras. Dumas padre, en su *Monte-Cristo* no inventó nada tan raro como lo que me ha ocurrido.

Se calló, con la gravedad filosófica de un beodo que reflexiona, y después prosiguió:

—Cuando se quiere que un muchacho sea bueno, no se le debe enviar jamás á una casa de corrección, á causa de las relaciones que allí se contraen. La primera que hice fué buena, pero acabó mal. Paseando una noche con tres amigachos, los cuatro un poco calamocanos, por la carretera, cerca del vado de Folac, encontramos un carricoche con todos los viajeros dormidos. Eran gente de Martinón que habían cenado en París. Cojo el caballo por la brida, lo hago entrar en la barca y empujo la barca hasta el centro del río. El ruido despierta al artesano que guiaba, mira, no ve nada y arrea el caballo. Este arranca y todos caen al río. ¡Todos se ahogan! Mis camaradas me denuncian. ¡Bien se reían al ver como yo preparaba la broma! Pero no se nos había ocurrido que la cosa terminara tan mal. Pensábamos que todo se reduciría á un baño, lo cual nos hubiese divertido en grande.

Después he hecho otras trastadas para hacer olvidar la primera, que no merecía la casa de corrección, se lo aseguro. Pero no vale la pena de contárselas. Sólo le diré la última, porque ésta le ha de gustar, á fe mía. Le vengué á usted, papá.

El cura miraba á su hijo con ojos terribles y no comía.

Felipe-Augusto iba á charlar de nuevo.

—No,—dijo el sacerdote—espera; luego.

Y volviéndose hizo resonar el estridente címbalo chino.

Margarita entró en seguida.

Su amo mandó, con acento tan rudo, que ella obedeció asustada y dócil:

—Tráenos la lámpara y todo lo que aun has de servir y no vengas hasta que oigas resonar el gong.

Salió, volvió; dejó sobre los manteles una lámpara de porcelana blanca con pantalla verde, un gran pedazo de queso, frutas, y se alejó.

El cura dijo resueltamente:

—Ahora le escucho.

Felipe-Augusto llenó con calma su plato de postres y su copa de vino. La segunda botella estaba casi vacía aun cuando el cura no hubiese bebido.

El joven añadió, tartamudeando porque tenía la boca llena de comida y el estómago de vino:

—La última es ésta. Es magnífica... Había vuelto á casa, contra la voluntad de ellos, porque tenían miedo... miedo de mí... ¡Ah! no hay que apurarme á mí... soy capaz de todo en tal caso... Vivían juntos... y separados. El tenía dos domicilios... uno de senador y otro de amante. Pero casi siempre es-

taba con mamá, porque no podía vivir sin ella... ¡Ah! Era muy lista mamá... sabía pescar á los hombres... Al conde le dominó por completo y no le soltó hasta la muerte... ¡Qué brutos son los hombres! Pues sí, había vuelto y les dominaba aterrorizándoles. Crea usted que soy listo y que ni en astucia, ni en malicia, ni en fuerzas hay quien me iguale. Mamá enferma y él la instala en una quinta cerca de Meulán, en el centro de un parque que parecía un bosque. La enfermedad duró dieciocho meses... como le he dicho. Luego, un día vimos que se moría. El conde venía todos los días de París y estaba triste, triste de veras.

Una mañana habían charlado cerca de una hora solos, y yo me preguntaba de qué demonio murmuraban, cuando he ahí que mi madre me llama y me dice:

—Voy á morir y hay algo que quiero revelarte á pesar de lo que dice el conde.—Siempre le llamaba así.—Es el nombre de tu padre, que aun vive.

Más de cien veces... sí, más de cien veces le había preguntado... el nombre de mi padre... y nunca me lo dijo... Creo que un día le di unos bofetones para hacerle soltar la lengua, pero en vano. Y para que no la molestara más, me dijo que usted había

muerto, que era usted pobre, un perdis... que fué su amor una tontería de muchacha. Me lo dijo tan bien que me engañó.

Así, pues, me dijo:

—Es el nombre de tu padre.

El otro, que estaba sentado, repitió tres veees:

—Haces mal, haces mal, haces mal, Rosita.

Mamá se sienta en la cama. Aun me parece que veo sus pómulos rojos y sus ojos brillantes... Porque la verdad es que me amaba... Y le dice:

—Pues haz algo por él, Felipe.

Hablándole le llamaba siempre «Felipe» y á mí «Augusto».

El se puso á vociferar como un loco:

—Por ese bandido, jamás. Por ese presidiario, por ese... ese... ese...

Y me dió mil nombres feos, como si se hubiese pasado la vida buscándolos.

Yo iba á enfadarme, cuando mi madre me mandó callar, y le dijo:

—¿Quieres, pues, que muera de hambre? Yo no tengo un céntimo.

El replicó sin turbarse:

—Durante más de veinte años te he dado treinta y cinco mil francos anuales, lo cual hace cerca de

un millón. Has vivido como una mujer amada, rica y dichosa. No debo nada á este canalla que ha emponzoñado nuestros últimos años. No le daré nada. Es inútil insistir. Dile el nombre del otro si quieres. Lo siento, pero me lavo las manos.

Entonces mamá se dirige á mí. Yo pensaba: «Bueno, he ahí que voy á encontrar á mi padre auténtico... si tiene dinero, me he salvado.»

Ella continuó:

—Tu padre, el barón de Vilbois, se llama ahora el cura Vilbois, párroco de Garandou, cerca de Tolón. Era mi amante cuando le dejé por éste.

Y me lo explica todo, menos que le engañó á usted respecto á su preñez. Pero ya se sabe que las mujeres mienten siempre.

Decía aquello inconscientemente, dejando rebosar su podredumbre. Bebió de nuevo, y siempre regocijado añadió:

—Mamá murió dos días... dos días después. Seguimos su ataúd hasta el cementerio; él y yo. ¿Tiene gracia... verdad?... El y yo... y tres criados... El lloraba como un becerro... Ibamos uno al lado de otro... parecíamos padre é hijo.

Luego volvimos solos á casa. Yo pensaba: «Hay

30528
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
APDO. 1625 MONTERREY, MEXICO

que largarse sin un cuarto.» Tenía cincuenta francos. ¿Qué podría hacer para vengarme?

El me tocó el brazo y me dijo:

—He de hablarle.

Le seguí á su despacho. Entonces, lloriqueando, me dice que no quiere ser tan cruel como decía á mamá, y me ruega que no le moleste á usted... ¡Maldito lo que le importaba!... Me ofrece un billete de mil... mil... ¿Qué puede hacer un hombre como yo con un billete de mil francos?... Vi que en el cajón había otros... un montón. La vista de aquellos papeles me dió ganas de matar. Alargo la mano para tomar el que me ofrecía, pero en vez de recoger su limosna, me le echo encima, le derribo y le aprieto el gaznate hasta que se desmaya, luego, cuando vi que iba á morir, le ato, le amordazo, le desnudo, le vuelvo y luego... ¡ja! ¡ja! ¡ja!... bien le vengué á usted.

Felipe-Augusto tosía ahogándose de risa y en sus labios reconocía el cura Vilbois la sonrisa de la mujer que le había enloquecido en otro tiempo.

—¿Y luego?—preguntó.

—Luego... ¡ja, ja, ja!... En la chimenea ardía un gran fuego... era en diciembre... hacía frío... cuando murió mamá... Cogí el hierro de arreglar el fuego... le puse candente... y... empiezo á hacerle cruces en la espalda... ocho... diez... no sé cuántas... luego le vuelvo y le hago otras cruces en el vientre... ¿Qué tal, papá? Así marcaban á los forzados. Se retorcía como una anguila; pero no podía gritar... le había amordazado muy bien. Después cogí los billetes—doce—con el mío trece... El número era de mal agüero... Escapé diciendo á los criados que no despertasen al conde hasta la hora de la comida, porque descansaba.

Pensaba que no diría nada para evitar el escándalo, porque es senador. Me engañé. Cuatro días después me cogían en un restaurant de París. Me pasé tres años en la cárcel. Por eso no le pude venir á ver antes.

Bebió otra vez, y dijo, casi sin poder pronunciar las palabras:

—¡Ahora... papá... papá cura!... ¡Tiene gracia tener el padre cura!... ¡Ja, ja! hay que ser bueno... bueno con el chico... porque el chico es listo... y le ha jugado... jugado una buena... al viejo.

La misma cólera que años antes había enloquecido á Vilbois contra la querida infiel, se apoderaba ahora de su mente ante aquel sér abominable.

El que tanto había perdonado en nombre de Dios en el misterio del confesonario, se sentía sin piedad, sin clemencia contra el propio nombre, y no invocaba ya la clemencia del Señor pío y misericordioso, pues comprendía que ninguna protección celeste ni terrestre podía salvar en la tierra á los que se sienten heridos por tamañas desdichas.

Todo el ardor de su corazón apasionado y de su sangre violenta, apagado por el sacerdocio, estallaba en un odio irresistible contra aquel miserable que era su hijo, contra aquella semejanza con él y con su madre, la madre indigna que le concibió parecido á ella, y contra la fatalidad que le ataba á aquel canalla como á un grillete.

Veía y previa todo con una lucidez súbita, despertado por aquel choque de sus veinticinco años de piadoso sueño y de calma.

Comprendió que era preciso hablar con imperio para ser temido de aquel malhechor y domarlo al primer envite, y le dijo, con los dientes apretados, sin acordarse de su borrachera:

—Ahora que me lo ha contado todo, óigame. Marchará usted mañana por la mañana. Habitará usted en un pueblo que le indicaré y que no abandonará sino por orden mía. Le pasaré una pensión que le bastará para vivir, pero corta, porque no soy rico. Si desobedece una sola vez, acabará todo y se las habrá conmigo...

Aunque embrutecido por el vino, el joven comprendió la amenaza, y el criminal que alentaba en él despertó de pronto. Escupió estas palabras, entre hipos:

—¡Ah, papá!... No seas bobo... Eres cura y... obedecerás... como los otros.

El cura se sobresaltó. Y sus músculos de viejo atleta sintieron una invencible necesidad de coger aquel monstruo, doblarlo como un junco y demostrarle que debía ceder.

Pálido de cólera, moviendo la mesa y apretándosela contra el pecho, le gritó:

—¡Cuidado, cuidado!... Yo no temo á nadie...

El borracho, perdiendo el equilibrio, oscilaba en la silla. Comprendiendo que iba á caer y que estaba en poder del sacerdote, llevó, con una mirada de asesino, la mano hacia un cuchillo. Vilbois vió el ademán y dió tal empujón á la mesa que su hijo cayó de espaldas y rodó por el suelo. La lámpara cayó y se apagó.

Durante unos segundos un ruido de cristales que

entrechocan cantó en la sombra; después se oyó un cuerpo que se arrastraba por el suelo, después nada.

Las tinieblas se esparcieron sobre ellos de un modo tan pronto é inesperado, que quedaron estupefactos como si hubiese ocurrido algo espantoso. El borracho, pegado á la pared, no se movía, y el cura permanecía en su silla, sumergido en aquellas tinieblas que apagaban su cólera. Aquel velo de sombra, deteniendo su violencia, inmovilizó también el impulso furioso de su alma; y otras ideas, tristes y negras como la obscuridad, le asaltaron.

Reinó un silencio de tumba cerrada, donde nada parecía vivir ni respirar. Nada tampoco se oía fuera, ni el rodar de un carruaje, ni el ladrido de un perro, ni siquiera el rumor de un soplo de aire.

Aquello duró mucho, mucho rato, quizá una hora. ¡Luego, de pronto, el gong resonó! Resonó á impulsos de un solo golpe, seco y fuerte, al que siguió un ruido raro de caída y de una silla derribada.

Margarita, que estaba en acecho, acudió; pero apenas hubo abierto la puerta, retrocedió asustada ante aquella obscuridad. Luego, temblorosa, sobresaltada, en voz anhelante y baja llamó:

—¡Señor cura! ¡Señor cura!

Nadie le contestó; nada se movió.

«¡Dios mío! pensó. ¿Qué habrán hecho? ¿Qué ha ocurrido?»

No se atrevía á entrar, ni se atrevía á volver á la cocina para tomar una luz. Y sintió un ansia loca de huir, de escapar, de gritar, aun cuando las piernas le flaqueaban. Repetía:

—Señor cura, señor cura, soy yo, Margarita.

Pero de pronto, á pesar de su miedo, sintió un deseo instintivo de socorrer á su amo y por una de esas bravatas que á veces hacen heroicas á las mujeres, corrió á la cocina y trajo una luz.

Se detuvo en la puerta de la sala. Vió primero al vagabundo, tendido junto á la pared, que dormía ó fingía dormir, luego la lámpara rota y por fin, bajo la mesa, los pies y las piernas con medias negras del párroco, que debió haber caído de espaldas, dando en el gong con la cabeza.

Palpitante de terror, con las manos temblorosas, repetía:

—¡Dios mío, Dios mío! ¿Qué ha pasado?

Y como adelantaba despacio, de pronto resbaló en algo viscoso y estuvo á pique de caer.

Entonces, inclinándose, vió que por el suelo ro-

jizo corría un líquido también rojo, extendiéndose en torno de sus pies y formando un reguero hacia la puerta. Adivinó que era sangre.

Huyó enloquecida, arrojando la luz para no ver nada más, y se precipitó á través de los olivares hacia la aldea. Corría tropezando con los árboles, fija la mirada en las luces del pueblo y chillando.

Su voz aguda resonaba en el silencio de la noche como el grito siniestro de un ave agorera y clamaba sin cesar: «¡El vagabundo... el vagabundo... el vagabundo!...»

Cuando llegó á las primeras casas, salieron algunos hombres, asustados, y la rodearon; pero manoteaba y chillaba sin contestar porque había perdido la cabeza.

Acabaron por comprender que había ocurrido alguna desgracia en la quinta del párroco, y un grupo se armó para acudir en su auxilio.

En el centro del olivar, la quinta, envuelta en sombras, era invisible. Desde que la única luz de su ventana iluminada se había apagado como un ojo que se cierra, estaba sumergida en la obscuridad y sólo podían hallarla los hijos de la comarca.

Bien pronto la claridad de muchas linternas iluminó los árboles y el suelo en torno de ella. Aquella

claridad corría por entre la hierba, y los troncos retorcidos de los olivos adquirían el aspecto monstruoso de serpientes enlazadas y enroscadas. La luz proyectada á lo lejos, hizo surgir de pronto de la obscuridad blanco y vago y después las paredes bajas y cuadradas de la quinta aparecieron rosadas á los reflejos de las linternas. Las llevaban algunos campesinos que escoltaban á dos gendarmes, revólver en mano, al guardabosque, al alcalde y á Margarita, á la cual sostenían dos hombres, porque no acertaba á andar.

Delante de la puerta, que permanecía abierta, hubo un momento de vacilación. El cabo, cogiendo una linterna, entró y le siguieron los demás.

La sirvienta no había mentido. La sangre, ya cuajada, cubría el piso como una alfombra. Había corrido hasta el vagabundo, bañando una de sus piernas y una de sus manos.

El padre y el hijo dormían, uno, con la garganta cortada, el sueño eterno; y el otro el sueño de los borrachos. Los dos gendarmes se echaron sobre el segundo, y antes que despertara tenía ya puestas las esposas. Se frotó los ojos, estupefacto, embrutecido por el vino; y cuando vió el cadáver del cura, pareció horrorizado y que no comprendía nada.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
APDO. 1625 MONTERREY, MEXICO

—¿Cómo no ha escapado?—preguntó el alcalde.

—Estaba demasiado bebido—contestó el cabo.

Y todos fueron de su parecer, porque á nadie pudo ocurrírsele que el párroco Vilbois, se había suicidado acaso.

EL PUERTO

EL PUERTO

I

Salida del Havre el 3 de Mayo de 1882, la fragata *Nuestra Señora de los Vientos*, volvió á Marsella el 8 de Agosto de 1886, después de cuatro años de continuos viajes. Descargando su primer cargamento en un puerto de China, la habían fletado allí mismo para Buenos Aires, y de allí fué al Brasil.

Realizó otras travesías, tuvo que efectuar reparaciones, la paralizaron calmas de muchos meses, y todo ello junto hizo que aquella fragata normanda permaneciese muchos meses lejos de su patria. Y ahora volvía á Francia con las bodegas repletas de latas de conservas americanas.

Al marchar tenía á bordo, además del capitán y del piloto, catorce marineros, ocho normandos y seis bretones. A la vuelta sólo le quedaban cinco bretones y cuatro normandos, habiendo muerto uno de aquéllos y desaparecido cuatro de éstos en diferentes épocas. Fueron reemplazados por tres americanos, un negro y un noruego reclutado una noche en una taberna de Singapoore.

El gran buque, con las velas cargadas, las vergas formando cruz con los palos, arrastrado por remolcador que jadeaba delante de él, pasó por delante del castillo de If; luego bajo los peñascos grises de la rada que el sol poniente doraba, entró en el puerto viejo donde se amontonan, á lo largo de los muelles, todos los barcos del mundo, grandes y chicos, de todas formas y arboladuras, parecidos á una *bouillabaisse* de buques en aquel lugar harto reducido, lleno de un agua pútrida, donde los cascos se rozan y sefrotan y parecen nadar en una salsa especial.

Nuestra Señora de los Vientos fondeó entre un brick italiano y una goleta inglesa que se apartaron para hacerle sitio; luego, cuando estuvieron cumplidas todas las formalidades de la aduana y del puerto, el capitán autorizó á los dos tercios de la tripulación para pasar la noche en tierra.

Había anochecido. Marsella se iluminaba. Entre el calor de aquella noche de verano flotaba un olorcillo de cocina, de guisados con ajo; y la ciudad aparecía rumorosa, alegre, como todas las ciudades meridionales.

Apenas en tierra, aquellos hombres á quienes el mar mecía desde tanto tiempo, echaron á andar despacio, con las vacilaciones del que desconoce el terreno, por parejas, formando procesión.

Se orientaban poco á poco, examinaban las callejuelas que terminan en el puerto, calenturientos por un deseo de amor que había crecido durante los últimos setenta días de navegación. Los normandos iban á vanguardia, guiados por Celestino Duclós, un mocetón astuto que servía de jefe á los demás todas las veces que bajaban á tierra. Sabía descubrir los rincones más ocultos, los sitios mejores, y procuraba rehuir las riñas tan frecuentes entre marineros. Pero cuando se enredaba á hinternazos no temía á nadie.

Después de vacilar un rato entre todas las callejas obscuras que desembocan, á guisa de cloacas, en el puerto, Celestino se decidió por una especie de corredor tortuoso donde brillaban, sobre las puertas, unos faroles que ostentaban números enor-

mes en sus cristales de colores. En las entradas, unas mozas que estaban sentadas en sillas de enea, se levantaban al verlos llegar, daban tres pasos hasta el arroyo que partía en dos la calle, y cortaban el paso á aquella fila de hombres que avanzaban lentamente, tarareando y charlando, encandilados ya por la vecindad de los lupanares.

A veces, en el fondo de un vestíbulo, aparecía detrás de una segunda puerta, una muchacha casi desnuda, cuyos muslos y pantorrillas se dibujaban bajo unos pantalones de punto. Sus sayas cortas parecían un cinturón apenas y la carne flácida de sus pechos, espalda y brazos formaba una mancha rosada junto al corpiño de terciopelo azul, bordado con galón de oro.

Desde lejos gritaba:

—¿No entráis, buenos mozos?

Y á veces salía para coger á uno de ellos y llevarlo para dentro, tirando con toda su fuerza, como una araña que arrastra un insecto mayor que ella. El marinero, excitado por aquel contacto, resistía blandamente, y los otros se detenían para mirar vacilando entre las ganas de entrar y las de continuar aquel paseo tan sugestivo. Luego, cuando la prójima, después de grandes esfuerzos había

atraído al marinero hasta la puerta del burdel, donde todo el grupo penetraría en su seguimiento, Celestino Duclós, que era buen conocedor, gritaba de pronto:

—No entres aquí, Marchand; no es éste el sitio que buscamos.

El marinero obedecía aquella voz, se soltaba con una sacudida brutal y los amigos continuaban su paseo, perseguidos por las injurias inmundas de la muchacha exasperada, en tanto que otras mujeres salían de los portales atraídas por la bulla, y lanzaban promesas halagüeñas con voz aguardentosa. Andaban, pues, cada vez más excitados, entre los halagos y seducciones anunciadas por las porteras de amor de la parte alta de la calle, y las maldiciones innobles que vociferaba contra ellos el coro de la parte baja, el coro de las muchachas desahuciadas.

De cuando en cuando hallaban un grupo de soldados ó de marineros, burgueses aislados, dependientes de comercio. Por todas partes se abrían nuevas callejuelas con los consabidos faroles. Y seguían aquel laberinto de antros, por las calles llenas de aguas pútridas, entre aquellas paredes repletas de carne de mujer.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1020 MONTERREY, MEXICO

Por fin, Duclós se decidió. Detúvose ante una casa de buena apariencia y entró seguido de sus compañeros.

II

¡La fiesta fué completa! Durante cuatro horas los diez marineros se hartaron de amor y vino. Les costó seis meses de sueldo; pero poco importaba.

Se habían instalado como dueños en el salón del café y miraban de reojo á los parroquianos que se instalaban en las mesitas de los rincones, donde una de las muchachas libres se apresuraba á servirles y se sentaba luego junto á ellos.

Todos los marinos, al llegar, habían escogido compañera, que guardaron toda la noche, pues la gente del pueblo no es aficionada á variar. Habían juntado tres mesas y después del primer trago se había vuelto á formar la procesión, aumentada esta vez con igual número de mujeres que de hombres. En las escaleras de madera resonaron los pasos de las

parejas, que luego se diseminaban por las distintas habitaciones de los corredores.

Después bajaron para beber y volvieron á subir y á bajar de nuevo.

Ahora, casi bebidos, vociferaban. Con los ojos encarnados, teniendo sentada en las rodillas á su dama, cantaban, chillaban, golpeaban las mesas, se atiborraban de vino, dejaban en libertad la bestia humana.

Celestino Duclós estrechaba una muchacha robusta, de mejillas coloradas, y la miraba con ardor. Menos bebido que los otros, no por haber trasegado menos vino sino por ser más robusto, trataba de hablar con la moza. Sin embargo, algo se le embrollaban las ideas y á lo mejor no se acordaba de lo que quería decir.

Reía y exclamaba:

—Pues, sí... de modo que... ¿hace mucho tiempo que estás aquí?

—Seis meses—contestó la moza.

Aquello le gustó como si hubiese sido una prueba de buena conducta, y añadió:

—¿Te gusta esta vida?

Vaciló la joven y al cabo dijo como resignada:

—Se acostumbra una. No es más penosa que otra. Ser criada ó prostituta lo mismo da.

Pareció que Celestino aprobaba aquella verdad.

—¿Eres de aquí?

Ella hizo una señal negativa con la cabeza.

—¿Eres de lejos?

Contestó que «sí» de igual modo.

—¿De dónde?

Pareció buscar sus recuerdos y respondió:

—De Perpiñán.

Le satisfizo y alegró la respuesta.

—¡Ah!

Ella preguntó á su vez:

—Y tú ¿eres marino?

—Sí, hermosa.

—¿Vienes de lejos?

—¡Ya lo creo! Ni sé las ciudades y países que he visto.

—¿Has dado quizás la vuelta al mundo?

—Sí, más bien dos veces que una.

De nuevo pareció vacilar la chica, y luego, como después de encontrar una cosa olvidada, preguntó con acento distinto, más grave:

—¿Has encontrado muchas fragatas en tus viajes?

—¡Figúrate!

—¿Has visto por casualidad *Nuestra Señora de los Vientos*?

El replicó:

—Aun no hace una semana.

Palideció la muchacha y preguntó:

—¿De veras?

—De veras.

—¿No mientes?

Celestino levantó la mano.

—Lo juro por ésta—dijo haciendo la señal de la cruz.

—¿Sabes, pues, si Celestino Duclós está embarcado en ella?

Quedó sorprendido, inquieto, y antes de responder quiso saber de qué se trataba.

—¿Le conoces?

Ella á su vez desconfió.

—¡Oh! ¡Yo no! Es una amiga la que le conoce.

—¿Una mujer de aquí?

—No, del lado.

—¿De esta calle?

—No, de la otra.

—¿Qué mujer?

—Una mujer, una muchacha como yo.

—Y ¿qué le quiere esa mujer?

—Qué sé yo; serán paisanos.

Se miraron fijamente, espiándose, comprendiendo, adivinando que algo grave iba á suceder.

El repuso:

—¿Se puede ver esa mujer?

—¿Qué le dirías?

—Le diría... le diría... que he visto á Celestino Duclós.

—¿Está bueno?

—Como tú y como yo.

Ella calló de nuevo, como reuniendo sus ideas. Luego añadió con lentitud:

—¿Adónde iba *Nuestra Señora de los Vientos*?

—A Marsella.

No pudo la muchacha reprimir un movimiento.

—¿De veras?

—Como lo oyes.

—¿Conoces á Duclós?

—Le conozco.

Vaciló otra vez y dijo:

—Bien. Me alegro.

—¿Qué le quieres?

—¡Oye, le dirás... no, nada!

El la miraba cada vez más inquieto. Quiso saber la verdad.

—¿Le conoces tú?

—No.

—Entonces ¿por qué preguntas por él?

La muchacha tomó de pronto una decisión. Fué al mostrador, tomó un limón, esprimió el jugo en un vaso, acabó de llenar éste de agua fresca y dijo, ofreciéndolo al marino:

—Bebe.

—¿Para qué?

—Para serenarte del todo; luego hablaré.

Bebió dócilmente, se enjugó los labios con el dorso de la mano y luego declaró:

—Bueno, ya te escucho.

—Prométeme que no le dirás que me has visto ni quien te ha dicho lo que te diré. Júralo.

El levantó la mano con sorna.

—Lo juro.

—¿Por Dios?

—Por Dios.

—Bueno; pues le dirás que su padre ha muerto, que su madre ha muerto, que su hermano ha muerto, les tres en un mes, de tifus, en enero de 1883, hace tres años y medio.

A su vez sintió él que toda la sangre se agitaba en su cuerpo, y permaneció durante un rato tan sobrecogido, que no podía pronunciar una palabra. Luego dudó y preguntó:

—¿Estás segura?

—Segura.

—¿Quién te lo ha dicho?

Ella le puso la mano en los hombros y le miró con fijeza.

—Júrame no charlar.

—Te lo juro.

—¡Soy su hermana!

—¿Francisca?

Soltó este nombre sin querer. Ella le contempló fijamente y después, sintiendo un espanto loco, un horror profundo, murmuró:

—¡Ah! ¿Eres tú Celestino?

No se movieron, fijos los ojos en los ojos.

En torno suyo los marineros chillaban á más y mejor. El ruido de los vasos, de los puños, de los tacones llevando el compás de las canciones, se mezclaban á los gritos y risas de las mujeres.

¡Y él sentía que su hermana estaba enlazada á su cuerpo, sentía su calor! Entonces, en voz baja, por temor á que alguien le escuchase, tan bajo que ella apenas le oyó:

—¡Maldición! ¡Buena la hice!

A ella se le llenaron,en un momento los ojos de lágrimas.

—¿Es culpa mía?

El replicó:

—¿De modo que han muerto?

—Han muerto.

—¿Padre, madre y hermano?

—Sí, los tres en un mes, como te dije. Me quedé sola sin más que la ropa puesta, porque debía á la farmacia, al médico y los gastos de los entierros. Pagué con los muebles.

Entré á servir en casa de Cacheux, el cojo ¿sabes? Entonces tenía quince años. Cometí una falta con él. ¡Se es tan tonta cuando joven! Después entré como camarera en casa del notario, que también me engañó. Y me llevó á un piso en el Havre. Al cabo de poco tiempo no volvió. Pasé tres días sin comer y luego, no hallando trabajo, entré en una casa, como tantas otras. He visto también mucha tierra, ciudades asquerosas, Ruán, Evreux, Lilla, Burdeos, Perpiñán, Niza y ahora Marsella.

Las lágrimas le mojaban toda la cara, se escondían á veces en su boca.

Y añadió:

—También te creía muerto, pobre Celestino.

Este dijo:

—No te hubiese reconocido. ¡Entonces eras tan

niña! Ahora estás hecha una mujer. Pero tú ¿cómo no me has reconocido?

Ella hizo un ademán desesperado:

—Veo tantos hombres, que todos me parecen iguales.

La miraba al fondo de los ojos, sobrecogido por una emoción tan confusa y potente á un tiempo que sentía ganas de llorar como un niño á quien pegan. La tenía aún entre sus brazos, á caballo sobre sus rodillas, con las manos apoyadas en los hombros, y á fuerza de mirarla reconocía al fin á la hermanita que dejó en su país, junto con los que habían muerto, mientras él corría por los mares. Entonces, cogiendo entre sus manazas de marino aquella cabeza, se puso á besarla como se besa á una hermana. Luego, unos sollozos, sollozos de hombre, amplios como una ola, subieron á su garganta como hipos de embriaguez.

Balbuceaba:

—¡Eres tú, tú, Francisca, Paquita!...

De pronto se levantó y empezó á blasfemar con voz formidable dando un puñetazo tan tremendo en la mesa que todos los vasos se rompieron. Luego dió tres pasos, vaciló, extendió los brazos y cayó de bruces. Se revolcaba por el suelo presa de una convulsión espantosa.

Sus camaradas le miraban riendo.

—¡Buena la ha cogido!—exclamó uno.

—Hay que acostarle—aconsejó otro—si sale le llevan al cuartelillo.

Entonces, como llevaba dinero en el bolsillo, el ama ofreció una cama, y sus camaradas, borrachos también como unas cubas, le subieron por la estrecha escalera hasta el cuarto de la chica que le recibiera antes y que permaneció en una silla, al pie del lecho criminal, llorando tanto como él, hasta la mañana.

BOITELLE

BOITELLE

A Roberto Pinchón

El tío Boitelle (Antonio) era el indicado, en la aldea, para todos los trabajos inmundos. Cuantas veces había que limpiar un pozo negro, una cloaca, un estercolero, una charca infecta, se le enviaba á buscar.

Comparecía con los cubos y cazos de largo mango, los zuecos cubiertos de porquería y acometía la tarea, quejándose sin cesar de su oficio. Si le preguntaban por qué se dedicaba á faenas tan repugnantes, contestaba resignado:

—¡Pardiez! para dar pan á los chicos. Mejor se paga esto que otra cosa.

Tenía, en efecto, catorce hijos. Si le preguntaban por ellos, respondía con indiferencia:

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
APDO. 1625 MONTERREY, MEXICO

—Quedan ocho en casa. Tengo uno en el servicio y cinco casados.

Cuando le decían si habían encontrado buenos partidos, añadía con vivacidad:

—Se han casado á su gusto; no les he contrariado ni aconsejado. Si uno se opone al gusto de los hijos, hace mal. Si me dedico á este oficio es porque mis padres se opusieron á mi gusto. De lo contrario, sería un obrero como los demás.

He aquí la historia de la oposición de sus padres.

Era soldado entonces y estaba de guarnición en el Havre. No se distinguía por su inteligencia, pero tampoco era de los más torpes. Durante las horas de paseo, su mayor placer consistía en acudir al muelle donde están instalados todos los vendedores de pájaros. Ya solo, ya acompañado de un paisano, pasaba lentamente por delante de las jaulas en las cuales están encerrados los loros verdes con cabeza amarilla del Amazonas; los grises y de cabeza encarnada del Senegal, los papagayos, los cardenales, las cotorras de toda especie que parecen pintadas con todo esmero por un Dios miniaturista, y los pajaritos verdes, rojos, morados, amarillos, que mezclan sus píos y chillidos á los rumores del muelle, rumores compuestos del rodar de los carruajes, de la descarga de los buques, de los chirridos de las grúas y que producen un ruido agudo, ensordecedor, como de un bosque lejano y sobrenatural.

Boitelle se detenía con los ojos dilatados y la boca abierta, sonriente y encantado, enseñando los dientes á las kakatoas aprisionadas, que saludaban con su plumero blanco ó amarillo el encarnado de su pantalón y el bronce de sus arreos militares. Si topaba con un pájaro hablador le hacía preguntas, y si el animalito le contestaba, ya estaba de buen humor hasta la noche. Mirando los monos se deleitaba también lo indecible, y no concebía un lujo mayor para un ricachón, que el de poseer algunos de aquellos animales, como se tiene perros y gatos. La afición por lo exótico la tenía en la masa de la sangre, como otros sienten vocación invencible por la caza, por la pesca, por la medicina. Y en cuanto salía del cuartel una fuerza poderosa le atraía al muelle y le hacía permanecer allí.

Una vez que estaba parado y boquiabierto mirando como un enorme cardenal hinchaba sus plumas, se inclinaba y se erguía como si hiciese cortesías en la corte del país de los papagayos, vió abrirse la puerta de un cafetín que estaba junto á la tienda del pajarero, y aparecer una negrita, con un pañuelo colorado en la cabeza, que barría el serrín y los tapones y colillas del establecimiento.

La atención de Boitelle se dividió instantáneamente entre el ave y la muchacha y no hubiese sabido decir á cual de aquellos dos seres contemplaba con mayor admiración y gusto.

La negra, después de amontonar la basura, levantó la vista y quedó á su vez deslumbrada por el uniforme del soldado. Permanecía de pie ante él, con la escoba en la mano, como si le hubiese presentado el arma, en tanto que el cardenal continuaba sus reverencias. El soldado sintióse al cabo embarazado por la atención de que era objeto y se fué paso á paso, para no parecer que se batía en retirada.

Pero volvió. Casi todos los días pasó por el café de las Colonias, y á menudo vió á la negrita que servía bocks y aguardiente á los marineros. A menudo también salía ella al ver al muchacho, y pronto, sin haberse hablado jamás, sonreíanse como antiguos conocidos; y Boitelle se sentía conmovido hasta lo indecible al ver brillar entre los obscuros labios de la moza, la línea deslumbradora de sus dientes. Un día entró, por fin, y quedó muy sorprendido al oir que la negra hablaba el francés como todo el mundo. La botella de gaseosa, de la que ella se dignó aceptar un vaso, quedó en la memoria de Boitelle como un recuerdo delicioso; y contrajo la costumbre de ir al cafetín cuantas veces se lo permitía el estado de su bolsa.

Era para él un encanto, una dicha en la que pensaba de continuo, ver la mano de la negrita escanciarle de beber en tanto que le sonreían sus dientes, más claros que sus ojos. Al cabo de dos meses de conocerse fueron buenos amigos, y Boitelle, después de una fugaz extrañeza que sintió al advertir que las ideas de aquella negra eran iguales á las de las chicas honestas de su aldea, que le gustaban la economía, el trabajo, la religión y la buena conducta, se enamoró de ella hasta el punto de querer casarse con ella.

Le comunicó tal proyecto, que la hizo bailar de alegría. La chica tenía algún dinero que le legó la vendedora de ostras que la adoptara cuando un ca-

pitán americano la dejó en el muelle del Havre. El capitán la había hallado acurrucada sobre las balas de algodón de la bodega. Podría tener unos seis años. Al llegar al Havre la abandonó á los cuidados de la ostrera, que se compadeció de aquella negrita que llevaba á bordo el americano. Al morir la ostrera, la negrita entró de camarera en el café de las Colonias.

Antonio Boitelle añadió:

—Nos casaremos si mis padres no se oponen. Nunca les desobedeceré; jamás. En cuanto vaya al pueblo les hablaré de esto.

A la semana siguiente, habiendo obtenido permiso, fué á ver á sus padres que cultivaban una granja en Tourteville, cerca de Ivetot.

Esperó á que terminase la comida, cuando el café, bautizado con aguardiente, engendra mayor confianza, para informar á sus padres de que había encontrado una novia tan á su gusto, que no había otra que más le conviniera en el mundo.

Los viejos, al oir aquello, reflexionaron y pidieron explicaciones. Nada les ocultó, excepto el color de su piel.

Era una sirvienta, con poco dinero, pero trabajadora, económica, honrada, lista, sesuda. Esto

valía más que el dinero en manos de una haragana. Tenía algún cuartejo, unos mil quinientos francos que le legó la mujer que la educó; casi una dote, depositada en la caja de ahorros. Sus padres, conquistados por aquel discurso y confiando en su buen sentido, cedían poco á poco cuando llegó al punto escabroso. Riendo con algún embarazo, añadió:

—No hay más que una cosa que quizá no os guste: que no es nada blanca.

No le entendían y tuvo que darles largas explicaciones, á fin de no asustarles, para decirles que pertenecía á la raza obscura de la cual no habían visto sus padres ninguna muestra más que en unas láminas.

Entonces le miraron inquietos, perplejos, asustados, como si les propusiera casarse con el Diablo.

La madre decía:

—¿Negra? ¿Lo es de todas partes? ¿Lo es mucho?

—Sí;—contestaba el chico—es negra como tú eres blanca.

El padre intervino:

—¿Es tan negra como la sartén?

—¡Hombre, tanto, no! Es negra; pero no repug-

na. El manteo del cura bien es negro y no es más feo que un sobrepelliz blanco.

—¿Las hay más negras que ella en su tierra?—inquiría el padre.

Su hijo, convencido, exclamó:

—¡Ya lo creo!

El buen hombre meneaba la cabeza:

—¡Debe repugnar!

—No, hombre; al cabo de un momento se acostumbra uno.

La madre dijo:

—¿Debe ensuciar la ropa más que las otras mujeres?

—No, ¿no ves que es su color?

En fin, después de muchas preguntas, quedó convenido que los padres verían á la moza antes de decidirse, y que el chico, que obtendría la licencia al otro mes, traería á la negra, á fin de examinarla y decidir si era harto tiznada para entrar en la familia Boitelle.

Antonio anunció que el domingo 22 de mayo, día de su liberación, iría á Tourteville con su amiguita.

La morena sacó á relucir sus mejores galas para impresionar á los padres de su enamorado y se puso un traje en el que dominaban el amarillo, el rojo y el azul, de modo que parecía un navío empavesado.

En la estación, cuando iban á salir del Havre, la miraron mucho y Boitelle estaba ufano de dar el brazo á una persona que tanto llamaba la atención. Luego, en el vagón de tercera en que tomó asiento, produjo tal sorpresa á los campesinos, que los de los otros departamentos se subieron á las banquetas para examinarla á su sabor por encima del tabique de madera. Un niño, al verla, chilló de miedo y otro ocultó la cara en la falda de su madre.

Todo fué al pelo hasta que llegaron á Ivetot. Entonces Antonio sintió la misma angustia que le acometía cuando se anunciaba un examen y no sabía los artículos de la ordenanza. Sacando la cabeza por la ventanilla, reconoció de lejos á su padre que

sujetaba las riendas de la jaca enganchada al carricoche, y á su madre que estaba junto á la barrera.

Bajó el primero; alargó la mano á su amiga y tieso como un huso, á guisa de quien escolta á un general, se dirigió hacia su familia.

Su madre, al ver aquella señora negra y pintarrajeada que iba en compañía de su hijo, estaba tan estupefacta que no acertaba á abrir la boca, y su padre apenas podía sujetar el caballejo, que se encabritaba, ó por temor de la locomotora ó de la negra. Pero Antonio, acometido de franca alegría al ver á sus padres, corrió hacia ellos, les abrazó y besó, y luego, volviéndose hacia su compañera, que causaba gran admiración á los aldeanos, dijo:

—¡Aquí está! Ya os había dicho que á primera vista choca algo; pero al cabo de un rato no hay nada tan agradable. Saludadla.

Entonces la tía Boitelle, intimidada hasta lo indecible, hizo una especie de reverencia, en tanto que su marido quitábase la gorra y murmuraba:

—Muy buenos días.

Luego, sin detenerse, subieron al carricoche, las mujeres detrás y los hombres delante.

Nadie hablaba. Antonio, inquieto, silbaba una canción cuartelera; el padre fustigaba la jaca y la

madre miraba de soslayo á la negra cuya frente y pómulos relucían como unos zapatos bien lustrados.

Antonio, queriendo romper el hielo, se volvió:

—¿No se habla?

—Ya hay tiempo—replicó la vieja.

El mozo añadió:

—¡Ea! Cuenta la historia de los ocho huevos de tu gallina.

Era una broma célebre en la familia. Pero como su madre continuaba callada por la emoción, tomó él mismo la palabra, y contó, riendo á carcajadas, la memorable aventura. El padre, que se la sabía de memoria, sonrió á las primeras palabras; su mujer siguió pronto el ejemplo, y la negra, al llegar al punto más gracioso, soltó una carcajada tan franca, tan ruidosa, tan formidable, que el jaco galopó espontáneamente durante un trecho de camino.

Ya se conocían ahora. Hablaron.

Apenas llegados, después de llevar á su amiga á una habitación para que cambiase de vestido á fin de no manchar el de viaje cuando preparara un plato destinado á seducir á sus padres por la gula, Antonio preguntó á los viejos:

—¿Qué tal? ¿Qué os parece?

El padre calló; la madre, más atrevida, declaró:

—¡Es demasiado negra! Cree que lo es demasiado; no puedo acostumbrarme á ella.

—Ya te acostumbrarás—replicó Antonio.

—Quizá sí; pero de momento no.

Entraron y la buena mujer se enterneció viendo como la negra guisaba. Se puso á ayudarla con verdadera actividad.

La comida fué larga y alegre y suculenta. Después al dar una vuelta por el campo, Antonio pilló aparte á su padre.

—¿Qué te parece?

El viejo no se comprometía jamás.

—No sé. Pregunta á tu madre.

Entonces Antonio alcanzó á su madre y haciéndola quedar unos pasos atrás, preguntó:

—¿Qué te parece, madre?

—¡Pobre muchacho! Es demasiado negra. Si no lo fuera tanto, no me opondría, pero lo es demasiado. ¡Parece Satanás!

No insistió sabiendo que su madre era terca; pero sintió un gran pesar. Pensaba lo que debería hacer é inventar, sorprendido de que su amiga no les hubiese conquistado ya como le conquistó á él.

Andaban los cuatro por entre los trigos, callados

casi siempre. Cuando pasaban junto á una granja, salían los labriegos para ver á la «negra» que Boitelle hijo había traído de la ciudad. Se veía gentes que acudían desde lejos, como acuden cuando suena el tambor que anuncia algún fenómeno viviente. Los viejos, atortolados al ver la curiosidad que despertaban, apretaron el paso, precediendo de lejos á su hijo y á la negra que preguntaba á Antonio lo que sus padres pensaban de ella.

El contestaba, vacilando, que aun no se habían decidido.

En la plaza de la aldea la gente salía en masa de todas las viviendas, y los viejos, al ver aquella multitud cada vez más numerosa, tomaron la fuga, en tanto que Antonio, dando el brazo á su amiga, avanzaba majestuoso y colérico entre los papanatas.

Comprendía que todo acabó; que no se casaría con la negra. Esta lo comprendía también y ambos se echaron á llorar cerca de la granja. Una vez en ella, la negra se quitó otra vez el vestido para ayudar á la vieja, y siguió á ésta por todas partes, al establo, al granero, al gallinero, activa y trabajadora, diciendo de continuo: «Deje, deje usted, señora Boitelle.» Tanto se afanó, que por la noche, la buena mujer, conmovida, pero inexorable, dijo á su hijo:

—Es una buena muchacha; lo veo; lástima que sea tan negra. ¡Pero lo es demasiado; no podría acostumbrarme á ella; es preciso que se vuelva; es demasiado negra!

Y Antonio dijo á su amiga:

—No quiere. Eres demasiado negra. Tienes que volverte. Te acompañaré hasta el ferrocarril. No importa; no llores; les hablaré de nuevo cuando te hayas marchado.

La acompañó, pues, á la estación dándole esperanzas; y después de abrazarla y besarla la hizo subir al convoy, mirando como se alejaba el tren, llorando á lágrima viva.

Por más que suplicó á sus padres, estos no consintieron jamás en tal matrimonio.

Y después de contar el caso, que todo el pueblo conocía, Boitelle no dejaba nunca de añadir:

—Desde entonces nada me ha gustado; ningún oficio me placía y he acabado como ven ustedes.

Si le decían:

—Bien se casó usted, sin embargo—replicaba:

—Sí, y no puedo decir que no me ha gustado mi mujer, puesto que he tenido catorce hijos de ella; pero no hay que compararla con la otra ¡ah, no! Mi negrita no tenía más que mirarme y ya me sentía transportado...

EL ASISTENTE

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

EL ASISTENTE

El cementerio, cuajado de oficiales, parecía un campo florido. Los kepis y los pantalones encarnados, los galones y botones dorados, los sables, los cordones de los ayudantes, los alamares de cazadores y húsares, pasaban entre las tumbas cuyas cruces, blancas ó negras, abrían como con dolor sus brazos, brazos de hierro, de piedra ó de madera, sobre la multitud sepultada de los muertos.

Acababan de enterrar la esposa del coronel de Limousin. Se había ahogado dos días antes, tomando un baño.

Todo había terminado; los curas se marcharon; pero el coronel, sostenido por dos oficiales, miraba aún en el fondo de la fosa el ataúd que ocultaba, descompuesto ya, el cuerpo de su joven esposa.

Era casi un viejo; un hombre alto y amojamado, con grandes bigotes blancos, que tres años antes se casara con la hija de un camarada muerto poco antes, el coronel Sortís.

El capitán y el teniente que sostenían á su jefe, procuraban apartarle de aquel fúnebre sitio; pero él se resistía, lloroso y murmurando: «No, no, todavía no». Y se obstinaba en permanecer allí, con las piernas temblorosas, mirando aquella fosa que se le antojaba un abismo en el que hubiesen caído su corazón y su existencia, todo lo que le quedaba en la tierra.

De pronto, el general d'Ormont se acercó, tomó por el brazo al coronel y le dijo casi arrastrándole: «Ea, ea, viejo mio; no hay que afligirse de este modo». El coronel obedeció entonces y volvió á su casa.

Al abrir la puerta de su despacho, vió una carta sobre la mesa. Al cogerla, sintió una emoción indecible, porque reconoció la letra de su mujer. Y la carta llevaba el sello de la administración de aquel mismo día. Rompió el sobre y leyó:

«Padre:

»Permita usted que aun le dé este nombre como en otro tiempo. Cuando reciba usted ésta ya estaré

muerta y enterrada. Quizá entonces pueda usted perdonarme.

»No trato de apiadarle ni de atenuar mi falta. Quiero sólo decirle, con toda la sinceridad de una mujer que va á matarse dentro de una hora, la verdad entera.

»Cuando se casó usted conmigo, por generosidad, me entregué á usted por reconocimiento y le amé de todo corazón, como una niña que era. Le amé como amaba á papá, casi tanto; y un día, sentada en sus rodillas, mientras usted me besaba, le llamé «padre» á pesar mío. Fué un grito del corazón, instintivo, espontáneo. Sí, era usted para mí un padre. Usted se rió y me dijo: «Llámame siempre así, hija mía; me gusta.

»Vinimos á esta ciudad y—perdóneme, padre—me enamoré. ¡Oh! resistí mucho, mucho tiempo; dos años, casi dos años: y después cedí, fuí culpable, fuí una desdichada.

»¿El? No sabrá usted su nombre. Estoy segura de ello, pues eran doce los oficiales que siempre me rodeaban y que usted llamaba mis doce constelaciones.

»No trate usted de conocerle, padre, ni le aborrezca. Hizo lo que todos hubiesen hecho en su

lugar, y, además, estoy segura de que me amaba de todo corazón.

»Pero oiga; un día nos habíamos dado cita en la isleta de las Becadas, la que está cerca del molino. Yo debía llegar allí á nado y él esperarme entre los arbustos, y luego permanecer allí hasta la noche para que no le viesen salir. Acababa de juntarme á él, cuando, de pronto, apareció Felipe, su asistente de usted, que nos había sorprendido. Comprendí que estábamos perdidos y lancé un alarido. Entonces él me dijo: «Váyase usted nadando, querida, y déjeme con este hombre.»

»Me fuí tan conmovida que por poco me ahogo, y volví á casa esperando algo espantoso.

»Una hora después, Felipe me decía en voz baja, en el corredor donde le hallé: «Estoy á las órdenes de la señora por si quiere darme alguna carta». Comprendí que se había vendido y que mi amigo le había comprado.

»Le dí cartas, en efecto, todas. El las entregaba y me traía la contestación.

»Esto duró cerca de dos meses. Teníamos confianza en él, y usted también le creía fiel.

»Oiga lo que ocurrió, padre. Un día, en la misma isleta de las Becadas, encontré al asistente. Me esperaba y me previno que iba á denunciarnos, que le iba á entregar á usted cartas robadas, cartas que había guardado, si no accedía á sus deseos.

»¡Oh, padre, padre mío! Tuve miedo, un miedo vil, indigno; miedo de usted sobre todo, de usted tan bueno, á quien había engañado; miedo por él también—le habría usted matado—miedo por mí, quizá. ¡Qué sé yo! Estaba enloquecida, desesperada y creí comprar á ese miserable que me amaba también ¡qué vergüenza!

»Somos tan débiles las mujeres, que no sabemos defendernos, y luego, cuando se ha caído, se cae cada vez más bajo, más bajo. ¿Supe acaso lo que hacía? Sólo comprendí que uno de ustedes dos y yo íbamos á morir y me entregué á ese bruto.

»Ya ve usted, padre, que no trato de disculparme.

»Entonces sucedió lo que ya debía haber previsto: volvió á poseerme cuantas veces quiso aterrorizándome. Ha sido mi amante, como el otro, mi amante de cada día. ¿No es esto abominable? ¡Qué castigo, padre!

»Entonces pensé que era necesario morir. Viva, no me hubiese atrevido á confesarle tal crimen. Muerta, me atrevo á todo. Sólo la muerte podía la-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

var mis culpas. Ya no podía amar ni ser amada; parecíame que manchaba á las gentes con sólo darles la mano.

»Dentro de un rato voy á tomar mi baño y no volveré.

»Esta carta para usted irá á casa de mi amante. La recibirá después de mi muerte y sin saber nada la hará llegar á manos de usted, cumpliendo así mi última voluntad. Y usted la leerá al volver del cementerio.

»Adiós, padre; nada más he de decirle. Perdóneme.»

El coronel se secó la frente sudorosa. Su sangre fría, la sangre fría de los días de batalla le daba un formidable poder sobre sí mismo.

Llamó.

Apareció un criado.

—Que venga Felipe—dijo.

Luego entreabrió el cajón de su mesa.

El asistente entró al cabo de un momento. Era un soldado alto de bigotazos rojos, de aspecto socarrón, de mirada astuta.

El coronel le miró fijamente.

—Vas á decirme el nombre del amante de mi mujer.

—Pero, coronel...

El militar sacó su revólver del cajón entreabierto.

—Ea, aprisa; ya sabes que no bromeo.

—Pues bien... mi coronel... es el capitán Saint-Albert.

Apenas había pronunciado este nombre cuando una llama le abrasó los ojos y cayó de bruces con un balazo en la frente.

EL AHOGADO

EL AHOGADO

I

No había nadie en Fecamp que no conociese la historia de la tía Patín. No había sido feliz con su esposo, la pobre tía Patín, porque la pegaba de un modo lastimoso.

Era patrón de una barca de pesca y se había casado con ella porque era bonita aunque pobre.

Patín, buen marinero, pero brutal, iba á la taberna del tío Aubán, donde bebía ordinariamente cuatro ó cinco copas, ocho ó diez cuando había abundado la pesca, y á veces más aun, cuando así le placía.

Las copas las servía la hija del tío Aubán, una morena graciosa que atraía parroquianos por su

lindo palmito solamente, pues nunca la había mordido la maledicencia.

Patín, cuando entraba en la taberna, la miraba con gusto y la requebraba con cortesía, á fuer de buen muchacho. Cuando había bebido la primera copa ya le parecía más guapa; á la segunda le guiñaba el ojo; á la tercera decía: «Si usted quisiese, señorita Deseada...» sin acabar nunca la frase; á la cuarta ya procuraba retenerla por las sayas para darle un beso, y, cuando bebía diez, el tío Aubán servía las demás copas.

El viejo tabernero, que conocía todas las picardías del oficio, hacía que Deseada pasase entre las mesas para activar el consumo, y Deseada, á fuer de lista, hablaba y bromeaba con los bebedores, sonriente la boca y prometedora la mirada.

A fuerza de beber copas, Patín se acostumbró tanto á la cara de Deseada, que pensaba en ella hasta en el mar, cuando lanzaba sus redes al agua lejos de la costa, durante las noches de calma y de tempestad, cuando hacía luna ó cuando las tinieblas convertían el agua en tinta. Pensaba en ella empuñando el timón, mientras sus cuatro compañeros dormitaban. La veía sonreirle, servirle aguardiente amarillento y marcharse diciéndole:

—¡Ea! ¿Está usted contento?

Y á fuerza de pensar en ella de continuo, tuvo un deseo tan vehemente de casarse con ella que, no pudiendo vencerlo, la pidió en matrimonio.

Era rico, dueño de su barca, de sus redes y de una casa situada en la costa, junto á la Retenue; mientras el tío Aubán no tenía un céntimo. Se le aceptó de mil amores y la boda se celebró pronto, pues ambas partes tenían prisa, por motivos distintos.

Pero tres días después del matrimonio, Patín no acertaba á comprender por qué había imaginado que Deseada era de otra especie que las demás mujeres. ¡Cuán bruto había sido dejándose seducir por una pobre que de fijo que le había vertido alguna pócima en el aguardiente!

Renegaba durante la pesca, rompía la pipa entre los dientes, reñía á sus marineros; y después de blasfemar á boca llena de todo lo conocido y desconocido, espectoraba el resto de su cólera contra los pescados y las langostas que retiraba de las redes y que lanzaba á las cestas con una retahila de ternos á cual más repugnante.

Luego, ya en su casa, teniendo al alcance de su mala lengua y peores manos á su mujer, la trataba

de un modo abominable. Y como ella, acostumbrada ya á las violencias de su padre, le escuchase resignada, se exasperó de su calma y, una noche le levantó la mano. Entonces fué horrible la vida de la infeliz.

Durante diez años sólo se habló en la Retenue de las tundas que Patin propinaba á su mujer y del modo soez como le hablaba. Blasfemaba con tal abundancia de vocabulario y tal energía, que no había quien pudiese competir con él en Fecamp. Apenas su barca embocaba el puerto, volviendo de la pesca ya se esperaba la primera andanada que iba á lanzar desde el puente, apenas divisara la gorra blanca de su compañera.

De pie en la popa, cuando el mar estaba alborotado, maniobraba con la mirada fija en la proa y en la vela, y á pesar de lo difícil que era salvar el estrecho paso y á pesar de las olas enormes que invadían el callejón, buscaba, entre las mujeres que esperaban á los marinos, á su mujer, á la hija del padre Aubán, á la miserable!

Entonces, apenas la divisaba, á pesar del ruido de las olas y del viento, le lanzaba una andanada de blasfemias, con tal fuerza, que todos se reían por más que compadeciesen á la infeliz. Luego, cuando

la barca tocaba el muelle, vociferaba de tal modo descargando el pescado, que todos los papanatas del muelle acudían á oirle.

Sus ternos los vomitaba de distintos modos, tan pronto secos y rápidos como un cañonazo, como á guisa de un trueno que retemblaba durante cinco minutos, lo cual producía un huracán de blasfemias inéditas y formidables.

Después, cuando saltaba de la barca y se hallaba frente á frente con su mujer, rodeado de curiosos y pescadores, soltaba un nuevo torrente de injurias y la llevaba así hasta su casa, ella delante, él detrás, ella llorando, él chillando.

Entonces, cuando estaban á solas, ya cerrada la puerta, la golpeaba con cualquier pretexto. Cualquier cosa le bastaba para levantar la mano, y cuando había empezado ya no se detenía y le arrojaba al rostro los verdaderos motivos de su odio. A cada bofetada, á cada puñetazo vociferaba: «¡Ah! miserable, ¡ah! desdichada, ¡ah! canalla; ¡buena la hice casándome contigo! ¡Tú y el arrastrado de tu padre me engatusásteis como unos canallas que sois!»

La pobre mujer vivía en un perfecto susto, amedrentados de continuo el cuerpo y el alma, esperando sin cesar insultos y golpes.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Y tal vida duró diez años. Era tan temerosa que palidecía hablando con cualquiera, y sólo pensaba en las nuevas brutalidades que la esperaban. Así es que la infeliz era amojamada, amarillenta y seca como un pescado ahumado.

II

Una noche, mientras su marido estaba en el mar, se despertó de pronto oyendo ese estrépito pavoroso que produce el viento cuando se desencadena de improviso. Se sentó en la cama; pero como cesara el ruido, volvió á acostarse. Luego, la voz del huracán sonó de nuevo sacudiendo toda la casa y armando un concierto siniestro y grandioso á la par.

Se levantó y corrió al puerto. Ya había allí otras mujeres, que llegaban de todos lados con linternas. Los hombres acudían también y contemplaban el espectáculo magnífico del mar embravecido.

La tempestad duró quince horas. Once marineros no volvieron y Patín fué de los que faltó.

Cerca de Dieppe hallaron los restos de la *Jeune Amélie*, su barca. Recogieron, junto á Saint-Valeri,

los cuerpos de sus marineros; pero el suyo no pareció. Como el casco parecía partido, su mujer esperó y temió su vuelta durante mucho tiempo; pues si había habido abordaje, podía ocurrir que el buque que ocasionó el siniestro hubiese recogido á Patin.

Luego, poco á poco, se acostumbró á la idea de que era viuda, temblándole, sin embargo, las carnes, cada vez que una vecina, un mendigo ó un buhonero, entraban bruscamente en su casa.

Un mediodía, cuatro años después de la desaparición de su marido, se detuvo ante la puerta de un viejo capitán de barco, muerto poco tiempo antes y cuyos muebles se subastaban.

Precisamente en aquel momento vendían un loro verde con la cabeza azul, que miraba descontento é inquieto á aquella multitud.

—¡Tres francos!—gritaba el subastador;—¡tres francos, un loro que habla como un abogado!

Una amiga de la Patín la tocó el codo:

—Usted que es rica debería comprar este pajarraco. Le haría compañía; de fijo que vale más de treinta francos. Siempre podrá usted sacar de él veinte ó veinticinco francos.

—¡Cuatro francos, señores! ¡Cuatro francos!—

chillaba el vendedor.—Canta vísperas y predica como el señor cura. ¡Es un fenómeno... un milagro!

La Patín ofreció cincuenta céntimos más y le dieron en una jaulita el ave picuda.

Luego lo instaló en su casa y al abrir la puerta de alambre para ponerle el bebedero, recibió un picotazo que le rompió la piel y le hizo saltar sangre.

—¡Qué perro es!—pensó.

Sin embargo, le dió alpiste y maíz y le dejó alisándose el plumaje y examinando la nueva casa con aire socarrón y malhumor.

Al día siguiente, apenas amanecía, la Patín oyó de un modo claro una voz recia, sonora, la voz de Patín que gritaba:

—¿No te levantas, bribona?

Su espanto fué tal, que ocultó la cabeza entre las sábanas, pues cada mañana, apenas abría los ojos, su marido le lanzaba aquellas cuatro palabras.

Temblorosa, acurrucada, esperaba ya los golpes, que no tardarían en caer, y murmuraba:

—¡Dios mío! ¡Ha vuelto! ¡Ya ha vuelto, Dios mío!

Pasaban los minutos; ningún ruido turbaba el silencio de la habitación. Entonces, temblorosa, sacó la cabeza, segura de que Patín la espiaba, dispuesto á pegarla.

No vió nada, nada más que un rayo de sol que atravesaba los cristales, y pensó:

—De fijo que está oculto.

Esperó, y algo más tranquila, murmuró:

—Debo haberlo soñado; no es posible que esté aquí.

Cerraba de nuevo los ojos, ya sin temor, cuando la voz del ahogado, la voz furiosa, tronó muy cerca:

—¡Voto al demonio de los demonios! ¿No te levantas, cochina?

Saltó de la cama movida por la obediencia, por la obediencia pasiva de mujer aporreada, que se acuerda después de cuatro años de las palizas recibidas, que se acordará siempre y que obedecerá á la voz terrible. Se levantó y dijo:

—Allá voy, Patín. ¿Qué quieres?

Pero Patín no respondió.

Entonces, horrorizada, miró en torno; luego buscó por todas partes: en los armarios, bajo la cama, en la chimenea, y no encontró á nadie. Y se desplomó en una silla, enloquecida de angustia, convencida de que el alma de Patín estaba junto á ella para atormentarla.

De pronto recordó que se podía subir al desván

desde el exterior, mediante una escalera de mano. De fijo que se había ocultado allí para sorprenderla. Todos aquellos años habría estado en alguna costa inhospitalaria y ahora volvía más terrible que nunca. No podía dudar de ello; conocía su metal de voz.

Levantando la cara hacia el techo, preguntó:

—¿Estás aquí arriba, Patín?

Patín no contestó.

Entonces salió del cuarto, subió al desván, miró por todos lados. No había nadie.

Sentada sobre un haz de paja se echó á llorar; pero mientras lloraba, acometida por un terror tremendo y sobrenatural, oyó en su habitación la voz de Patín que hablaba. Parecía menos colérico, más tranquilo y decía:

—¡Mal tiempo! ¡Gran viento! ¡Mal tiempo! ¡No he almorzado, voto á Dios!

Ella gritó á través del techo:

—Voy, Patín; haré las sopas. No te impacientes; ya voy.

Y bajó corriendo.

No había nadie en el cuarto.

Se sintió desfallecer como si la muerte la tocara

é iba á huir y á pedir socorro á los vecinos, cuando gritó junto á su oído:

—¡No he comido, voto á Dios!

Y el loro, en la jaula, la miraba con sus ojos redondos, burlones y amenazadores.

También ella le miró horrorizada, murmurando:

—¡Ah! ¿Eres tú?

El pajarraco añadió, moviendo la cabeza:

—¡Espera, espera! ¡Ya te enseñaré yo á holgazanear!

¿Qué pensó la cuitada? Imaginó que era el muerto que volvía, que se había ocultado en el plumaje del loro para atormentarla de nuevo; que iba á blasfemar como antes, todo el día, á morderla, á vomitar injurias para que acudiesen los vecinos y rieran á su costa. Entonces se precipitó, abrió la jaula, cogió el pájaro, que se defendía y le arrancaba la piel con el pico y las uñas. Pero le apretaba con las dos manos con todas sus fuerzas, y tirándose al suelo, aplastó al loro con el peso de su cuerpo con furia de poseída y le convirtió en una piltrafa blanda, verde, que no se movía, que no hablaba; y luego, envolviéndolo en una rodilla como en un sudario, salió en camisa, descalza, atravesó el muelle, que batían las olas, y, sacudiendo el trapo, dejó caer

aquella cosa muerta que parecía un puñado de hierba; luego volvió á su casa, cayó de rodillas, y, trastornada por lo que había hecho, pidió perdón á Dios, sollozando, como si hubiese cometido un gran crimen.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
APDO. 1625 MONTERREY, MEXICO

LA PRUEBA

LA PRUEBA

I

Los Bondel eran un matrimonio bien avenido, aun cuando alguna vez se pelearan. Las riñas estallaban á menudo por un pretexto fútil; luego venía la reconciliación.

Bondel era un antiguo comerciante que, después de ahorrar lo necesario para vivir conforme á lo que requerían sus escasas necesidades, alquiló una quinta en Saint-Germain y se instaló allí con su mujer.

Era un hombre pacífico que no se tomaba la molestia de preocuparse por nada. Era instruído, leía los periódicos sesudos, pero no le desagradaban las historietas picantes. Dotado de ese buen sentido

práctico que es la gran cualidad de los industriales franceses, pensaba poco, pero de un modo firme y no tomaba una resolución hasta haberla pensado maduramente.

Era un hombre de mediana estatura, de pelo gris, de fisonomía inteligente.

Su mujer, aunque seria y buena, tenía algunos defectos. Su carácter era violento y su franqueza llegaba á veces hasta la brutalidad. Era testaruda y cuando odiaba á alguien no le perdonaba jamás. Linda cuando joven, estaba ahora demasiado gorda, harto colorada; pero en el barrio de Saint-Germain aun pasaba por una jamona guapa siquiera un tanto atrabiliaria.

Sus disentimientos empezaban, por regla general, á la hora del almuerzo, y hasta la de la comida y á veces hasta el día siguiente duraba el enfado. Su vida, tan pacífica, tan metódica, daba importancia á la menor cosa, á la contrariedad más leve y cualquier asunto servía para entablar una disputa. Antes, cuando cuidaban del negocio no les ocurría esto, porque ambos pensaban ante todo en la mejor manera de lograr provecho.

Pero en Saint-Germain apenas tenían visitas y les había sido preciso contraer nuevas relaciones para

aburrirse menos en el seno de su holganza. La monotonía de sus horas les había agriado á ambos y la dicha que esperaban de su fortuna no parecía por ninguna parte.

Una mañana del mes de Junio acababan de sentarse á la mesa cuando Bondel preguntó:

—¿Conoces á esos que se han mudado á la quinta encarnada que hay en la esquina de la calle del Berceau?

La señora Bondel, que debía tener un humor de perros, respondió:

—Sí y no; les conozco; pero no me gustan.

—¿Por qué? Parecen buena gente.

—Porque...

—Hoy he dado un paseo con el marido.

Comprendiendo que podía estallar una riña, Bondel añadió:

—El ha sido quien me ha hablado primero.

Su mujer le miraba descontenta, y replicó:

—Podías haberlo evitado.

—¿Por qué?

—Porque se murmura de ellos.

—¿Qué se murmura?

—¡Qué sé yo! De lo que se murmura siempre.

El señor Bondel se mostró demasiado vivo en su réplica:

—Ya sabes, querida, que aborrezco los chismes. Basta que los cuenten de alguien para hacérmelo simpático. Esas personas me lo son mucho.

La señora Bondel contestó furiosa:

—¿Y la mujer también?

—Sí, también ella, aun cuando apenas la conozco.

Y la discusión se acaloró poco á poco acerca del mismo asunto, por no tener otro de que hablar.

La señora Bondel se empeñaba en decir que circulaban chismes acerca de sus vecinos, pero sin precisar el género de esos chismes. Bondel se encogía de hombros y sonreía exasperando así á su mujer. Esta acabó por gritar:

—¡Ea! ¡Su marido es un cornudo!

Su esposo contestó sin conmoverse:

—Me parece que esto no le ha de quitar consideración.

Ella quedó estupefacta.

—¡Cómo! ¿Te parece?... ¡ah!... ¡Buena es esa! ¡Te parece!... Es un escándalo. Nadie le hace caso, pues raya su benevolencia en lo inconcebible.

Bondel replicó:

—¿De modo que un hombre deja de ser honrado porque le engañan, porque le hacen traición, porque le roban?... ¡Ah, no! ¡Que digas de la mujer, bueno! Pero en cuanto á él...

Su señora se enfureció:

—¡Los dos, los dos! Es un escándalo público.

Bondel, muy tranquilo, dijo:

—Falta saber si es verdad. ¿Quién puede asegurarlo si no lo ha visto?

La mujer parecía estar sobre brasas.

—¡Cómo! ¿Que quién lo dice? ¡Todo el mundo! Eso se ve, como se ve el sol, como se ve los árboles. Todos lo saben, todos lo dicen. Es notorio; no se puede dudar de ello.

El protestaba:

—¡Bah! También se ha creído por mucho tiempo que el sol daba vueltas en torno de la tierra y mil paparruchas más, que eran notorias, y falsas. Ese hombre quiere á su mujer; habla de ella con ternura, con veneración. Debe ser una mentira lo que dices.

Ella balbuceó pateando de rabia:

—¡Pues lo sabe, lo sabe, y es consentido!

Bondel no se enfadaba, razonaba:

—Dispensa. Ese caballero no es tonto. Me ha parecido inteligente y listo, y no me harás creer que un hombre listo no note en su casa lo que advier-

ten los vecinos con todos sus pelos y señales, porque de fijo que los saben todos.

La señora Bondel tuvo un acceso de intempestiva alegría que irritó los nervios de su marido.

—¡Ja, ja, ja! ¡Todos, todos son iguales! No hay uno que averigüe tal cosa á menos que la hagan ante sus ojos.

La discusión tomó otro rumbo. La señora Bondel tronaba contra la ceguera de los maridos engañados, de un modo tan enérgico y personal, que Bondel acabó por enfadarse.

Entonces empezó una disputa acalorada, tomando ella la defensa de las mujeres y él la de los hombres.

Tuvo la fatuidad de declarar:

—Bueno; pues te aseguro que si me hubieses engañado, lo notara en seguida. Y te hubiera hecho pasar las ganas de tal manera que algún médico hubiese tenido que ver en el asunto.

Ella se encolerizó, y le dijo:

—¿Tú? ¡Tú! Tú eres tan tonto como los otros, ¿oyes?

El afirmó otra vez:

—Te juro que no.

Ella se rió con tal impertinencia, que sintió Bondel un escalofrío.

Y por tercera vez, repitió:

—Yo lo hubiese advertido.

Ella se levantó, y dijo riendo del mismo modo:

—¡Eres tonto de capirote!

Y salió dando portazo.

II

Bondel quedó solo y enfurruñado. Aquella risa insolente y provocadora le había herido como un aguijón de esas moscas venenosas, del que no se siente el primer pinchazo, pero que produce luego un escozor intolerable.

Salió, anduvo, meditó. La soledad de su vida le inducía á verlo todo bajo el peor aspecto. El vecino de quien hablaran con su mujer apareció de pronto. Se estrecharon la mano y hablaron. Primeramente de distintos asuntos; luego de sus mujeres. Ambos parecían deseosos de decir algo, algo difícil de decir, vago, penoso acerca de los seres que asociaran á su existencia.

El vecino decía:

—Creeríase en verdad que á veces sienten con-

tra su marido una animosidad especial, por el sólo hecho de tratarse de su marido. Quiero á mi mujer, la quiero mucho, la aprecio y la respeto, pues bien; á veces parece tener más confianza y muestra más abandono á nuestros amigos que á mí mismo.

Bondel pensó en seguida: «Ya lo veo; mi mujer tenía razón».

Cuando dejó al vecino, meditó de nuevo. Sentía en su alma una mezcla confusa de pensamientos contradictorios, una especie de fermentación dolorosa, y conservaba en su oído el eco de aquella risa impertinente que parecía decirle: «¡Tú eres como los otros, imbécil!» De fijo que se trataba de una bravata, de una de esas impudentes bravatas de mujer que se atreven á todo para herir y humillar al hombre que las ha irritado.

Aquel pobre señor debía ser un marido engañado como tantos otros. Había dicho con tristeza que su mujer mostraba más confianza y abandono á sus amigos que á él mismo. De tal modo un marido—ese ciego sentimiento que la ley llama marido—formulaba sus observaciones acerca las atenciones que su esposa tenía para otro hombre. No veía más. No veía más claro. Era como los demás... ¡Como los demás!

Luego su propia esposa, la esposa de Bondel se había reído de un modo provocador. «Tú eres lo mismo que los otros.» ¡Cuán locas é imprudentes esas mujeres que despiertan tales sospechas por el sólo gusto en atormentar!

Repasaba el curso de su vida común, buscaba en sus antiguas relaciones para ver si había mostrado á alguien más confianza que á él mismo. Nunca sospechara de nadie, porque tenía confianza en su esposa.

Pero ¡sí! Había tenido un amigo, un amigo íntimo, que durante un año por lo menos comió tres veces por semana en su casa, Tancret, el buen Tancret á quien Bondel quería como un hermano, y al que continuaba viendo en secreto desde que su mujer se había enfadado con aquel excelente chico.

Se detuvo para reflexionar y miraba con inquietud al pasado. Pero luego sintió rabia contra sí mismo por haber concebido aquella sospecha. Se reprochó, se acusó, se injurió, á pesar de que recordaba las visitas de aquel amigo, que su mujer expulsó sin motivo aparente. Pero recordó otras rupturas por el estilo, que únicamente era posible explicar por el carácter vengativo de su mujer. Se rió entonces de sí mismo y del amago de inquietud

que sintiera por un instante. Y recordando la cara de perros que ponía su mujer si alguna noche le decía: «He visto á Tancret, que me ha preguntado por ti,» se tranquilizó del todo.

Ella le contestaba: «Cuando veas á ese señor, le puedes decir que le dispenso que se cuide de mí.» ¡Con qué expresión tan irritada pronunciaba tales palabras! Se adivinaba que no perdonaba, que no perdonaría... ¿Y pudo sospechar un segundo siquiera? ¡Qué estupidez!

Sin embargo, ¿de qué provenía su enfado? Nunca le había dicho el motivo preciso de su ruptura y de su resentimiento. Que ella le odiaba era indudable... ¿Y si...? No, no... Bondel pensó que se rebajaba pensando en tales cosas.

Sí, sin duda se envilecía; pero no podía por menos de pensar en aquello y se preguntó con terror si aquella idea que penetrara en su cerebro permanecería en él, como larva indestructible de un largo tormento. Se conocía á sí mismo; era capaz de rumiar días y noches su duda, su tormento, como en otro tiempo rumiaba sus operaciones comerciales.

Una gran agitación se apoderó de él, andaba con rapidez, perdió la calma. No se puede luchar contra la Idea. No hay modo de aniquilarla, de combatirla.

De pronto se le ocurrió un proyecto atrevido, tanto, que dudó en ejecutarlo.

Todas las veces que hablaba á Tancret éste le preguntaba por la señora Bondel y Bondel respondía: «Aun está algo amoscada.» Y nada más. ¿Había sido acaso bastante ciego?... ¡Quizá!...

Pues bien; tomaría el tren, iría á París, á casa Tancret y le llevaría con él á su casa aquella misma noche, asegurándole que le había pasado ya la rabieta á su mujer. Sí, pero... ¡qué cara pondría ésta! ¡qué furor! ¡qué escándalo! Tanto peor... sería la venganza de la risa. Y viéndoles juntos, uno en frente de otro, sin prevenirla á ella, sabría sorprender la verdad en sus rostros.

III

Se dirigió sin perder tiempo á la estación; pero cuando el tren estaba ya en marcha, en la pendiente del Pecq, tuvo miedo, le dió una especie de vértigo pensando en lo que iba á hacer. Para no retroceder y volver solo, procuró no pensar en aquello, distraerse con otras ideas y hacer lo que había resuelto. Entonó cancioncillas de opereta y de café concierto hasta llegar á París.

Tuvo ganas de detenerse en cuanto estuvo en las aceras que debían llevarle á la casa de Tancret. Se detuvo ante los escaparates, se fijó en el precio de algunos objetos, tuvo deseos de beber un bock, cosa que no acostumbraba, y cuando llegó cerca de la casa de su amigo anheló no encontrarle.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Pero Tancret estaba en su casa, solo, leyendo. Quedó sorprendido, se levantó y exclamó:

—¡Bondel! ¡Qué agradable sorpresa!

Y Bondel, embarazado, contestó:

—Sí; he tenido que venir á París y he subido para saludarle.

—Gracias, gracias. Es más de agradecer, porque parecía olvidarme ya del todo.

—¡Qué quiere usted! Sin querer, se sufre la ajena influencia. Y como mi mujer parecía amoscada con usted...

—¿Parecía?... Algo más... Me puso de patitas en la calle. Así, como suena.

—¿Y por qué, ahora que viene á cuento? Crea usted que nunca lo he sabido...

—¡Oh! Una discusión por una tontería. Y como no era yo de su parecer...

—¿Y qué discusión era esa?

—Acerca de una señora que usted quizá conoce de nombre; la señora Boutín.

—¡Ah!... Pues bien; creo que á mi mujer le ha pasado ya la rabieta porque esta mañana me hablaba de usted en términos muy cariñosos.

Tancret se estremeció y quedó tan estupefacto que durante unos segundos no sabía qué decir. Luego repuso:

—¿Le ha hablado de mí... sin enfado?

—Sí.

—¿Está usted seguro?

—¡Ya lo creo!

—¿Y luego?...

—Luego, como venía á París, creí que le gustaría á usted saberlo.

—Ya lo creo... Ya lo creo...

Bondel pareció vacilar, y dijo después de unos momentos:

—Se me ha ocurrido una idea... original.

—Usted dirá.

—Llevarle conmigo á comer á casa.

Al oir aquella proposición, Tancret, que era prudente, pareció inquieto.

—¿Y cree usted que no nos exponemos á... á... un nuevo enfado?

—No... no...

—Es que... la señora Bondel es rencorosa.

—Sí; pero le aseguro que ya le ha pasado. Y me parece que se alegrará de verle en casa de improviso.

—¿De veras?

—Como lo oye.

—¡Vamos, pues! Me alegro mucho. Esta ruptura me pesaba.

Y del brazo fueron hacia la estación de San Lázaro.

Apenas hablaron por el camino. Los dos parecían entregados á profundas meditaciones. Sentados uno enfrente de otro en el vagón, se miraban sin hablar, y notaban que estaban pálidos.

Luego bajaron del tren y volvieron á darse el brazo como para unirse contra un peligro. Después de unos minutos de andar, se detuvieron ante la casa de los Bondel.

Bondel hizo entrar á su amigo, le siguió al salón y preguntó á la camarera:

—¿Está en casa la señora?

—Sí, señorito.

—Haga el favor de decirle que baje en seguida, si puede.

Y esperaron hundidos en dos sillones, con ganas ambos de marcharse antes que apareciese en el umbral la temida señora.

Un paso conocido, recio, resonó en la escalera. Una mano tocó el pomo de la puerta; se abrió ésta y la señora Bondel se detuvo, queriendo ver antes de entrar.

Miró, pues, se ruborizó, se estremeció, retrocedió medio paso y luego permaneció inmóvil, colorada, y apoyada en el marco de la puerta.

Tancret, pálido como si fuera á desmayarse, se levantó, dejando caer el sombrero que rodó por el suelo, y balbuceó:

—Dios mío... Señora... Soy yo... que he creído... me he atrevido... La ruptura me pesaba tanto...

Como ella no contestaba, repuso:

—¿Me perdona usted... por fin?

Entonces, bruscamente, dominada por un impulso, avanzó hacia él con ambas manos tendidas; y cuando Tancret hubo tomado, estrechado y guardado aquellas manos entre las suyas, ella dijo con una voz desfallecida, conmovida, cariñosa, que no le conocía su marido:

—¡Ah, querido amigo!... ¡Me alegro, me alegro mucho!

Y Bondel, que les contemplaba, sintió un estremecimiento de frío, como si le hubieran metido en un baño helado.

LA CARETA

LA CARETA

En el Elíseo Montmartre había baile de máscaras aquella noche. Era el de piñata y la multitud entraba, como el agua en una esclusa, en el corredor iluminado que conduce al salón. El formidable llamamiento de la orquesta, estallando como una tempestad de música, rebasaba paredes y techo, se esparcía por el barrio é iba á despertar en las calles, y hasta dentro de las casas, el instinto irresistible de saltar, de tener calor, de divertirse, que duerme en el fondo de la bestia humana.

Los parroquianos acudían de los cuatro extremos de París; gentes de todas las clases sociales que gustan de los placeres bulliciosos y mucho más cuando tienen sus puntos y ribetes de crápula.

Eran empleados, chulos, meretrices de toda laya, desde la que lleva camisa de seda á la que ostenta pantalones de blonda, meretrices jóvenes y viejas, ricas y pobres, deseosas todas de divertirse, de entregarse á los hombres, de gastar dinero. Fracs negros muy elegantes andaban á la husma de carne fresca, de muchachas desfloradas pero sabrosas; en tanto que las máscaras parecían ansiosas de divertirse solamente. Algunos cuadros famosos de bailarines atraían las miradas de la multitud con sus saltos desenfrenados. La valla ondulante, la muralla movible de mujeres y de hombres que encerraba á las dos parejas, se anudaba en torno de ellas como una serpiente, tan pronto muy cercana como más apartada, según los movimientos de los artistas. Las dos mujeres cuyos muslos parecían adheridos al cuerpo por resortes de caucho, ejecutaban movimientos sorprendentes con las piernas. Las levantaban al aire con tanto ímpetu que se diría que iban á desprenderse; luego las abrían de pronto como un compás, deslizando una hacia atrás y adelantando la otra, tocando el suelo con el centro, por un movimiento rápido, repugnante y cómico.

Sus parejas saltaban y trenzaban los pies, moviendo los brazos y levantándolos á guisa de mu-

ñones de alas sin plumas, y bajo las caretas se adivinaba su respiración anhelante.

Uno de ellos, que había tomado sitio en el más famoso de los cuadros, para reemplazar una celebridad ausente, el hermoso *Songe-au-Gosse* y que trataba de no desmerecer de *Arète-de-Veau*, ejecutaba solos que despertaban la admiración y las carcajadas del público. Era amojamado, con traje de sietemesino, con una linda careta barnizada que ostentaba un bigote rubio rizado y llevaba peluca de tirabuzones.

Parecía una figura de cera del museo Grévin, una rara y fantástica caricatura del encantador modelo de los grabados de modas, y bailaba con esfuerzo, pero con una furia endiablada y cómica. Parecía enmohecido comparado con los otros, pesado como un perro de aguas jugando con lebreles. Aplausos irónicos le animaban, y él, enloquecido, saltaba con tanto ardor y frenesí que, de pronto, llevado de un impulso furioso, fué á dar de cabeza contra la valla del público, que se apartó para hacerle paso y volvió á cerrarse junto al cuerpo tendido de bruces del bailarín desmayado.

Unos hombres lo levantaron y lo sacaron de allí. «¡Un médico!» gritaba la gente. Un caballero joven,

muy elegante, de frac, con gruesas perlas en la pechera, se adelantó y dijo en tono modesto: «Soy catedrático de Medicina». Le dejaron pasar á una salita llena de grandes carpetas, como si fuese un despacho de un agente de bolsa, donde estaba el herido tendido en unas sillas. El doctor quiso ante todo quitar la careta y vió que estaba atada de un modo muy complicado, con hilos de metal que la sujetaban hábilmente á la peluca y encerraban la cabeza toda de un modo fortísimo. El mismo cuello estaba aprisionado en una piel postiza, pintada de color de carne, unida á la barba y al cuello de la camisa.

Fué necesario cortar todo aquello con unas fuertes tijeras, y cuando el médico hubo hecho una incisión, que iba del hombro á las sienes, en aquella jaula de cartón, advirtió al entreabrirla, el rostro avejentado de un hombre pálido, flaco, arrugado. El asombro fué tal entre los que habían traído aquella máscara joven y rizada, que nadie rió ni dijo una palabra.

Miraban aquel hombre tendido en las sillas, aquella triste cara de ojos cerrados, con un marco de pelo blanco que le caía por la frente y con la barba, el labio y las mejillas cubiertas de pelo blanco tam-

bién, y junto á la lastimosa cabeza, la careta, la linda careta barnizada, la fresca careta sonriente.

El infeliz volvió en sí después de un largo desmayo; pero parecía aún tan débil, tan enfermo, que el médico temía alguna complicación peligrosa.

—¿Dónde vive usted?

El viejo bailarín pareció buscar en la memoria, luego acordarse, y dijo el nombre de una calle que nadie conocía. Fué necesario pedirle detalles acerca del barrio. Los dió con un trabajo infinito, con una lentitud y una indecisión que probaban la turbación de su mente.

El médico añadió:

—Voy á acompañarle yo mismo.

Sentía curiosidad por saber quién era aquel extraño saltimbanquis, por ver donde vivía aquel fenómeno saltador.

Un coche de plaza les llevó á los dos al otro lado de Montmartre.

Era una casa alta, de aspecto pobre á la que se subía por una escalera pegajosa, una de esas casas que aun no están terminadas, agujereada por cien ventanas, que se levantaba entre dos solares sin edificar, jaulas asquerosas donde habita una muchedumbre de seres harapientos y miserables.

El doctor, agarrándose á la barandilla, donde se pegaba la mano, sostuvo hasta el cuarto piso á aquel viejo aturdido, que poco á poco recobraba las fuerzas.

La puerta á la que llamaron se abrió y apareció una mujer vieja, limpia, con una gorra de dormir muy blanca, que encuadraba una cabeza huesosa, de facciones acentuadas, una de esas cabezas simpáticas y rudas, de mujeres de obreros, laboriosas y fieles. Exclamó:

—¡Dios mío! ¿Qué le ha pasado?

Cuando en pocas palabras supo la cosa, se tranquilizó y tranquilizó al médico, diciendo que ya otras veces le había ocurrido lo propio.

—Hay que acostarle, caballero; no es necesario más; mañana estará bien.

El doctor repuso:

—Si apenas puede hablar.

—¡Oh! Es efecto de la bebida. No ha comido para estar ágil y luego ha bebido dos ajenjos para alegrarse. El ajenjo le aligera las piernas; pero le pone tonto. Ya no tiene edad para bailar como lo hace. En verdad que creo que no pondrá juicio jamás.

El médico, sorprendido, insistió:

—Pero ¿por qué baila á su edad?

La mujer se encogió de hombros y se puso encarnada de cólera.

—¡Ah! ¡sí! ¡Qué sé yo! Para que le crean joven bajo su máscara, para que las mujeres le tomen por un chico y le digan obscenidades al oído, para arrimarse á ellas y frotarse contra su asquerosa piel, llena de esencias y pomadas... ¡Ah! ¡Vaya una gracia! ¡Mire usted, caballero, crea que he llevado una vida...! Hace cuarenta años que esto dura... Pero hay que acostarle. ¿Quiere usted ayudarme? Cuando está así, no puedo moverle.

El viejo estaba sentado en la cama, con expresión de beodo; los cabellos blancos le caían por la frente.

Su compañera le miraba entre enternecida y furiosa. Añadió:

—Tiene una hermosa cabeza para su edad; pero quiere disfrazarse para que le crean joven. ¡Da lástima! ¿Verdad que tiene una hermosa cabeza, caballero? Espere, voy á enseñársela antes de acostarla.

Fué á una mesa que tenía un jarro, una palangana, peines y cepillo. Tomó éste y en cuatro golpes echó atrás la cabellera del borracho, que parecía entonces un modelo de pintor, con largos bucles de

cabello que le caían por el cuello. Luego, retrocediendo para contemplarle, dijo:

—¿Verdad que es guapo todavía?

—Sí, señora,—contestó el doctor, que empezaba á divertirse en grande.

La vieja añadió:

—¡Si le hubiese conocido usted cuando tenía veinticinco años! Pero hay que meterle en la cama, porque sino los ajenjos le dañarían. ¿Quiere usted tirar de esta manga?... más arriba... eso es... muy bien. Ahora los pantalones... Deje usted; le quitaré las botas... así. Si le sostiene un momento arreglaré las sábanas. Ya está. Bueno. ¿Cree usted que va á hacerme sitio luego? ¡Ca! Yo he de arreglarme como puedo. Tanto le importa á él. ¡Anda, buena pieza!

En cuanto se sintió en la cama, el viejo cerró los ojos, volvió á abrirlos, los cerró de nuevo y en su cara satisfecha se reveló la resolución enérgica de dormir.

El doctor, que le examinaba con interés creciente, preguntó:

—¿De modo que siempre se disfraza de joven para asistir á los bailes de máscaras?

—Siempre, caballero, y llega por la mañana en un estado lamentable. Es la nostalgia lo que le lleva

allí y le impulsa á ponerse una máscara. Sí, la desesperación de no ser lo que ha sido y de no obtener ya triunfos.

El viejo dormía ya y empezaba á roncar. Su mujer le contemplaba con piedad y añadió:

—No puede usted figurarse la suerte que tuvo este hombre con las mujeres; más que ningún elegante, que un tenor ó un general.

—¿De veras? ¿Cómo se las componía?

—Lo extrañará usted porque no le ha conocido en sus buenos tiempos. Yo le hallé en un baile también, porque siempre le han gustado. Me enamoré como una tonta apenas le vi. Era guapo, señor, guapo como una imagen; con el pelo negro como la endrina y rizado, y los ojos negros también y grandes como ventanas. ¡Era un guapo chico, sí! Aquella noche me llevó consigo y no le he dejado más á pesar de todo. ¡Crea usted que me ha dado una vida!...

El doctor preguntó:

—¿Están ustedes casados?

Ella contestó sencillamente:

—Sí, señor... de lo contrario me hubiera abandonado como á las demás. He sido su esposa y su criada, todo, todo lo que ha querido... ¡Ah! cuánto,

cuánto me ha hecho llorar. Me contaba sus aventuras... á mí, á mí, caballero... sin comprender el daño que me cansaba...

—¿Qué oficio tenía?

—¡Ah! ¡Es verdad! Me había olvidado de decírselo. Era oficial en casa Martel... un verdadero artista...

—¿Quién es Martel?

—El peluquero, el gran peluquero de la Opera, que tenía toda la clientela de las actrices. Sí, las más encopetadas se hacían peinar por Ambrosio y le daban propinas regias. ¡Ah, señor! Todas, todas las mujeres son iguales. Cuando un hombre les gusta.., ¡pata! ¡Es tan fácil... y causa tanta pena! Me lo contaba todo... no sabía, no podía callarse. ¡Les gusta tanto á los hombres alabarse! Creo que les gusta más poder contar lo que han hecho que el hacerlo.

Cuando le veía entrar por la noche paliducho, satisfecho, brillante la mirada, me decía á mí misma: «¡Vaya! ¡Ya ha caído otra!» Entonces me daban ganas de interrogarle y de que no hablara al propio tiempo. Nos mirábamos.

Bien sabía que no se callaría, que iba á explicar lo sucedido. Lo adivinaba en su aspecto, en su modo de sonreir para que yo adivinase. «¡La de hoy sí que ha sido buena, Magdalena!» Yo fingía no oir, no adivinar; disponía la comida y me sentaba enfrente de él. En aquellos instantes, crea usted, caballero, que casi le odiaba. Crea usted que tales cosas causan pena. Pero él no lo advertía... Necesitaba hablar de aquello, engreirse, explicar lo mucho que le amaban... y no lo podía explicar más que á mí... á mí. Entonces... no me quedaba más recurso que tragarme aquella relación... como quien traga veneno.

Empezaba la sopa y decía:

—Hoy otra, Magdalena.

Yo pensaba: «¡Malhayan este hombre y la suerte que me puso en su camino!»

Entonces ya no se detenía: «Pues, sí, otra y de buten!...» Era una figuranta de Vaudeville ó de Variedades, ó una gran cantante. Me decía sus nombres, me describía su casa... todo, todo, caballero... Detalles que me desesperaban. Y al acabar empezaba de nuevo, tan contento y satisfecho, que yo fingía reir para que no se enfadara contra mí.

¡Acaso no era verdad todo lo que contaba! ¡Era tan vanidoso! Pero creo que sí. En tales ocasiones fingía estar cansado; quería acostarse después de

cenar, á las once, porque cenábamos tarde á causa de los peinados para el teatro.

Cuando había acabado su historia, fumaba cigarrillos paseándose por la habitación, y era tan apuesto, tan guapo con su bigote y su pelo rizados, que yo pensaba: «Sí, debe ser verdad todo lo que cuenta. Así como yo me he enamorado, ¿por qué no se han de enamorar esas locas?» ¡Cuántas veces me han dado ganas de echarme por la ventana mientras quitaba la mesa y él se paseaba fumando un cigarro! Bostezaba con afectación para demostrarme cuán cansado estaba, y decía dos ó tres veces antes de acostarse: «¡Con cuánto gusto voy á dormir esta noche!»

No le guardo rencor, porque no puede él imaginar la pena que me causaba. No. Le gustaba alabarse como un pavo que hace la rueda. Había llegado á creer que todas le miraban y deseaban.

¡Lo que padeció al envejecer!

¡Ah, caballero! No puede usted figurarse la emoción que sentí al verle la primera cana, y luego la alegría, la inmensa alegría que me sobrecogió. «¡Se acabó... pensaba, se acabó!» Me parecía que me libertaban de un gran peso. ¡Sería para mí, para mí sola, cuando las otras no le hicieran caso!

Era una mañana, en nuestra cama, y me inclinaba para despertarle besándole, cuando advertí entre sus rizos, en la sien, una cana que brillaba como plata. ¡Qué sorpresa! Me parecía increíble. Al principio se me ocurrió arrancarla para que él no la viera; pero fijándome, vi otra más arriba. ¡Las canas! ¡Iba á encanecer! Me latía el corazón; de alegría, seguramente.

Ya sé que no se debe pensar así; pero me levanté contenta, sin despertarle aún, y cuando hubo abierto los ojos, le dije:

—¡Adivina lo que he visto mientras dormías!

—¿Qué?

—He visto que tienes canas.

Se estremeció como si le hubiese hecho cosquillas, se incorporó y dijo con despecho:

—No es verdad.

—Sí, en la sien izquierda; tienes cuatro.

Saltó de la cama para correr al espejo.

No los encontraba. Entonces se los enseñé y dije:

—No me extraña con la vida que llevas. Dentro de un par de años serás un viejo.

Adiviné, caballero. Dos años después no parecía el mismo. ¡Cómo cambia un hombre! Aun era un

guapo mozo, pero había perdido por completo su aire de juventud, y las mujeres ya no le buscaban. Fué entonces cuando padecí más. Nada le gustaba, nada, nada. Dejó su oficio y se puso sombrerero. En vez de ganar una fortuna, perdió sus ahorros. Luego quiso ser actor y no lo consiguió, y por fin de fiesta acudió á todos los bailes públicos. Pero tuvo el buen sentido de guardar unos ahorrillos y de ellos vivimos. Poco es, pero nos basta. ¡Y pensar que casi llegó á tener una fortuna!

Ahora ya ha visto usted lo que hace. Parece como loco. Quiere ser joven y bailar con mujeres que huelan á esencias y pomadas. ¡Pobrecillo!

Y miraba, conmovida profundamente, al mentecato de su marido. Acercándose de puntillas le besó los cabellos. El médico se había levantado é iba á marcharse, no sabiendo qué decir.

Cuando salía, la buena mujer le dijo:

—¿Quiere usted hacerme el favor de su dirección? Si se pusiera grave, le avisaría á usted.

UN RETRATO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

UN RETRATO

—¡Toma! Ahí está Milial—dijo alguien cerca de mí.

Miré al sujeto que designaban con tal nombre, porque hacía tiempo que deseaba conocer á aquel don Juan.

Ya no era joven. Su pelo gris, de un gris sucio, recordaba vagamente esas gorras de pelo que se llevan en algunas comarcas del Norte, y su barba fina, bastante larga, le llegaba al pecho. Hablaba con una mujer, inclinado hacia ella; hablaba en voz baja, mirándola cariñosamente, con mirada llena de respeto y de caricias.

Conocía su vida, ó, por mejor decir, lo que contaban de ella. Había sido amado muchas veces has-

ta la locura y fué el héroe de algunas tragedias amorosas. Hablaban de él como de un hombre muy seductor, casi irresistible. Al interrogar á las mujeres que más elogios hacían de él, después de reflexionar unos momentos, me contestaban casi todas:

—No sé... tiene ángel.

En verdad que no era guapo. No poseía ninguna de esas elegancias que nos parecen que tienen los conquistadores de mujeres. Y me preguntaba á mí mismo, con interés, en qué consistía su seducción. ¿En su inteligencia? No citaban ninguna frase suya que fuera célebre, ni pasaba por muy listo. ¿En la mirada? Quizá... ¿En la voz?... La voz de algunos seres tiene una gracia sensual, irresistible, el sabor de los manjares exquisitos. Uno gusta de oirla y el sonido de sus palabras penetra en nuestro interior como una golosina.

Pasaba un amigo. Le pregunté.

—¿Conoces al señor Milial?

—Sí.

—Haz el favor de presentarnos mutuamente.

Un minuto después cambiábamos un apretón de manos y hablábamos amigablemente. Lo que se decía era cierto: resultaba un sujeto muy agradable. La voz era armoniosa, suave, acariciadora; pero otras había oído más avasalladoras. Se la escuchaba con gusto, como se ve manar una fuente cristalina. No era necesaria ninguna atención fija para seguir su discurso; no despertaba ninguna duda ni ningún interés violento. Su conversación daba una sensación de descanso, y no daba ganas de replicar con vehemencia ni de aprobar con entusiasmo.

Era, por otra parte, tan fácil contestarle como escucharle. La contestación surgía espontánea al acabar él de hablar, y las frases se seguían unas á otras sin esfuerzo, como si lo que había dicho él antes las hiciera fluir de los labios.

Una reflexión hice muy pronto. Le conocía apenas de un cuarto de hora antes y ya me parecía que fuésemos antiguos compañeros. Me eran ya familiares su fisonomía, sus ideas, su voz, su aspecto.

Al cabo de unos minutos de charla se me antojaba ya un amigo íntimo. Parecíame que no debía haber secretos entre nosotros, y de pedírmelas, le hubiese hecho confidencias de esas á que sólo parece que tienen derecho los más antiguos camaradas.

Había un misterio en aquella impresión. Esas ba-

rreras que existen entre todos los seres y que tan sólo una gran paridad de gustos ó estudios abre poco á poco, no existían ya entre él y yo, y probablemente caían con igual facilidad entre él y todos los hombres ó mujeres que el azar ponía en su camino.

Al cabo de media hora nos separamos prometiéndonos vernos á menudo, y me dió las señas de su casa después de haberme invitado á almorzar al día siguiente.

Olvidé la hora y llegué con anticipación; Milial estaba aún de paseo. Un criado correcto y callado abrió la puerta de un hermoso salón un tanto obscuro, íntimo, familiar. Me sentí á mis anchas, como en mi casa. ¡Cuántas veces me he fijado en la influencia que ejercen las habitaciones sobre el carácter y la mente! Hay cuartos en que uno se siente siempre como atontado; y otros, por lo contrario, que despiertan la inteligencia y la verbosidad. Unas, aun cuando claras, blancas y doradas, entristecen; y otras, alegran por más que tengan un aspecto poco llamativo. Los ojos, como el corazón, tiene sus ternuras y sus odios, que nos impone furtivamente, sin consultar nuestra voluntad. La armonía de los muebles, de las paredes, el estilo de un con-

junto obran de un modo instantáneo sobre nuestra inteligencia como el aire de los bosques, del mar ó de la montaña modifica nuestra naturaleza física.

Me senté en un diván cubierto de almohadones, y de pronto me sentí sostenido, soportado por aquellos saquitos de pluma cubiertos de seda, como si con anticipación llevase ya aquel mueble la huella de mi cuerpo.

Luego miré. No había nada chillón en la sala; por doquier se veía muebles bellos y modestos, sencillos y raros, tapices orientales que no parecían provenir del Louvre sino del interior de un harem. Enfrente de mí había un retrato de mujer. Era de tamaño natural; pero sólo aparecían el busto y las manos, que sostenían un libro. Era joven la retratada; estaba con la cabeza descubierta peinada con bandós aplastados, y sonreía casi con tristeza. No sé si por estar sin sombrero ó bien por su posición natural; el caso es que ningún retrato me pareció jamás tan en su sitio como aquél. Casi todos los que he visto pecan de afectados, ya porque la señora haya revestido sus trapitos de cristianar y se acuerde de que el pintor la retrata y la gente ha de verla, ya porque adopta una actitud de abandono excesivo y viste con rebuscado desaliño.

Aquella mirada era única. Caía sobre mí, fija y acariciadora, sin verme. Todos los retratos saben que se les contempla y contestan con los ojos, con ojos que ven, que piensan, que nos siguen, sin dejarnos, desde que entramos hasta que salimos de la habitación en que están.

Aquél no me veía, no veía nada aun cuando me miraba de frente. Me acordé del sorprendente verso de Baudelaire:

Et tes yeux attirants comme ceux d'un portrait.

Me atraían, en efecto, de un modo irresistible, produciéndome una turbación rara, poderosa, nueva, aquellos ojos que habían vivido, que quizá vivían aún. ¡Oh, qué encanto infinito se desprendía de aquel lienzo sombrío y de aquellos ojos impenetrables! Era el encanto de un crepúsculo vespertino azul, rosado y cárdeno, y melancólico como la noche que viene en pos de él. Aquellos ojos creados por unos brochazos, ocultaban en sí el misterio de lo que parece ser y no existe; de lo que puede aparecer en una mirada de mujer, de lo que hace que el amor germine en nosotros.

Se abrió la puerta. Entró el señor Milial, excu-

Unas aparecen en pie, majestuosas, en todo el esplendor de su belleza, con un aspecto de altivez que es imposible que conserven en la vida familiar. Otras coquetean aún en la inmovilidad del lienzo; y todas tienen algo, una joya ó una flor, un pliegue del vestido ó una sonrisa que se adivina que fué impuesto por el pintor, para producir buen efecto. Ya lleven sombrero, ya una toquilla, ya simplemente adorne el pelo su rostro, todas tienen algo que á la legua se advierte que no les es habitual. ¿Qué? No se sabe, puesto que no se las ha conocido; pero se siente. Parece que estén de visita en alguna casa á cuyos dueños quieran agradar y mostrárseles bajo su mejor aspecto; han estudiado toda su actitud, tanto modesta como orgullosa.

¿Qué decir de aquélla? Estaba en su casa y sola. Sí, sola; porque sonreía como se sonríe cuando se piensa en la soledad en algo triste ó cariñoso y no como se sonríe cuando alguien nos mira. Estaba de tal modo sola y en su casa, que parecía hacer el vacío en aquella habitación, el vacío absoluto. Sólo ella estaba allí y animaba y llenaba aquel ámbito; y no importaba que entrase mucha gente y que hablara y alborotara; siempre estaría ella sola allí, con su sonrisa solitaria, prestando vida al recinto con su mirada de retrato.

sando su tardanza. Yo me excusé á mi vez de mi prontitud. Luego le dije:

—¿Sería indiscreto preguntarle quién es esta señora?

Contestó:

—Es mi madre, que murió muy joven.

Entonces comprendí de qué provenía la inexplicable seducción de aquel hombre.

EL LISIADO

EL LISIADO

Este hecho ocurrió en 1882.

Acababa de instalarme en un rincón de un departamento vacío, y había cerrado la portezuela con la esperanza de viajar solo, cuando volvió á abrirse bruscamente y oí una voz que decía:

—Cuidado, señor; estamos precisamente en un cruce de líneas; el estribo está muy alto.

Otra voz respondió:

—Pierde cuidado; me agarro bien.

Luego apareció una cabeza cubierta con un hongo, y dos manos, aferrándose con firmeza en los montantes, izaron lentamente un corpachón cuyos pies, al tocar el estribo hicieron el ruido que produce un palo golpeando el suelo.

Cuando el viajero hubo hecho entrar el torso en el compartimiento, vi aparecer al extremo del pantalón la contera de una pierna de palo pintada de negro, y otra pierna de igual jaez siguió á la anterior.

Surgió una cabeza detrás del viajero, y contestó:

—¿Está usted bien instalado, señor?

—Sí, muchacho.

—Pues ahí van los paquetes y las muletas.

Y un criado, que parecía un antiguo asistente, subió á su vez con una porción de paquetes, envueltos en papeles negros y amarillos, cuidadosamente atados, y los dejó en la malla, encima de la cabeza de su amo. Luego dijo:

—Bueno; ya está todo. Hay cinco. Los dulces, la muñeca, el fusil, el tambor y el pastel de *foie-gras*.

—Bien, muchacho.

—Feliz viaje, señor.

—¡Gracias, Lorenzo; consérvate!

El criado se marchó, cerrando la portezuela, y yo miré á mi vecino.

Debía tener unos treinta y cinco años, por más que su pelo era ya casi cano. Estaba condecorado; era bigotudo, robusto, muy gordo, con esa gordura

que aqueja á los hombres activos y fuertes cuando una enfermedad ó un accidente les obliga á permanecer casi inmóviles.

Se enjugó la frente, sopló con fuerza y dijo mirándome á los ojos:

—¿Le molesta á usted el humo?

—No, señor.

Aquellos ojos, aquella voz, aquella cara, yo los conocía. Pero ¿de dónde? ¿cuándo? De fijo que había hablado con aquel hombre, le había estrechado la mano. Hacía mucho, mucho tiempo, y el recuerdo de aquello estaba envuelto en la bruma que el tiempo pone en torno de las cosas antiguas, y á través de la cual la inteligencia persigue, muchas veces en vano, los recuerdos que se empeñan en huir.

También él me miraba con la insistencia y la tenacidad de un hombre que recuerda algo, pero de un modo confuso.

Nuestras miradas se desviaban al encontrarse, pero al cabo de unos segundos, movidas por la voluntad inconsciente que desarrolla el trabajo de la memoria, volvieron á encontrarse, y entonces dije:

—Me parece, caballero, que en vez de mirarnos á hurtadillas durante una hora, vale más que recordemos juntos donde nos conocimos.

Mi vecino contestó sonriendo:

—Tiene usted mucha razón, caballero.

Dije mi nombre:

—Me llamo Enrique Bonclair, magistrado.

Vaciló unos segundos, y luego, en ese tono vago que acompaña siempre á las fuertes tensiones mentales, respondió:

—¡Ah! ¡sí! Ya me acuerdo; le conocí en casa los Poincel, en otro tiempo, antes de la guerra. ¡Hace ya doce años!

—Sí, eso es; ya lo creo... ¿Es usted el teniente Revalière?

—Sí... Fuí el capitán Revalière hasta el día que perdí las piernas... ambas á la vez, tronchadas por una granada.

Y nos miramos de nuevo, ahora que nos reconocíamos.

Recordaba perfectamente haber visto aquel guapo mozo esbelto que bailaba con gran rapidez y soltura y al que creo que llamaban «la tromba». Pero detrás de aquella imagen, claramente evocada, flotaba aún algo confuso, algo que yo había sabido y olvidado, uno de aquellos casos á los cuales se presta escasa atención y que dejan en la memoria una huella casi imperceptible.

Se trataba de amores; no me cabía duda acerca de ello; pero no podía recordar nada concreto.

Poco á poco, sin embargo, se disiparon las sombras y una cara de muchacha apareció ante mis ojos. Luego, de improviso, recordé su nombre: la señorita de Mandal. Ahora, con efecto, lo tenía presente todo. Era una historia de amor; pero vulgar. La joven amaba al teniente cuando yo le conocí, y se hablaba de su próximo matrimonio. El parecía muy enamorado, muy dichoso.

Miré hacia la malla donde el criado de mi vecino había puesto los paquetes, que se movían de continuo, sacudidos por la marcha del tren, y recordé las palabras del criado.

Había dicho:

—Bueno. Ya está todo. Hay cinco. Los dulces, la muñeca, el fusil, el tambor y el pastel de *foiegras*.

Entonces, en un periquete, inventé una novela. Se parecía á todas las que había leído y en las cuales, ora el joven, ora la novia se casan enamorados, después de la catástrofe corporal ó económica. Así, pues, aquel oficial, mutilado durante la guerra, halló, al terminar la campaña, á su prometida enamorada como siempre y se casó con ella.

Aquello me parecía hermoso, pero sencillo, como se juzga muy sencillos los actos heroicos y los desenlaces de los libros y del teatro.

Parece siempre, cuando se lee ó cuando se escucha en esas escuelas de magnanimidad, que uno se sacrificaría también con placer entusiasta, con arranque admirable. Pero si un amigo necesitado nos pide al día siguiente unas pesetas, se tiene un rato de malhumor.

Después, otra suposición menos poética y más prosaica, siguió á la primera. Quizá se había casado antes de la guerra, antes que la granada le cortara las piernas, y la joven, desolada y resignada, cuidó de aquel marido que partiera garrido y robusto y volvía con las piernas de palo, pobre, mutilado, condenado á la inmovilidad, á las cóleras impotentes y á la obesidad fatal.

¿Era feliz ó desdichado? Un deseo, leve primeramente, más acentuado después y luego irresistible, se apoderó de mi mente. Quería conocer su historia ó, por lo menos, lo principal de ella, que me permitiría adivinar lo que no podía ó no querría decirme.

Le hablaba mientras hacía tales reflexiones. Habíamos cambiado algunas palabras sin interés, y yo,

mirando hacia donde estaban los paquetes, pensaba: «Tiene tres hijos: los dulces son para su mujer, la muñeca para la niña, el fusil y el tambor para los chicos y el pastel de *foie gras* para él».

De pronto le pregunté:

—¿Tiene usted hijos, caballero?

El contestó:

—No, señor.

Me sentí turbado como si hubiese cometido una gran inconveniencia, y repuse:

—Dispense usted. Lo había imaginado oyendo que su criado le hablaba de juguetes. Se oye sin escuchar y se deduce sin querer.

Sonrió y luego murmuró:

—No, no me he casado siquiera; no pasé de los preliminares.

Fingí acordarme de repente:

—¡Ah! Es verdad... estaba usted prometido, cuando le conocí, á la señorita de Mandal.

—Sí, señor; tiene usted una excelente memoria.

Con audacia excesiva añadí:

—Sí, creo recordar haber oído decir que la señorita de Mandal se casó con el señor... el señor...

Pronunció tranquilamente el nombre.

—El señor de Fleurel.

—¡Eso es! Sí... hasta recuerdo que se habló de su herida...

Le miraba; se ruborizó.

Su cara llena, que el constante aflujo de sangre mantenía muy colorada, se puso más roja todavía.

Contestó con vivacidad, con el ardor súbito de un hombre que defiende una causa perdida por adelantado, perdida en su interior, pero que desea ganar ante la opinión:

—Hacen mal, caballero, en pronunciar mi nombre junto al de la señora de Fleurel. Cuando volví de la guerra, sin piernas, crea usted que no hubiese querido á ningún precio ser su esposo. ¿Era acaso posible? Cuando uno se casa, no es por hacer un alarde de generosidad, es para vivir día y noche al lado de un hombre, y si ese hombre está lisiado como yo, se condena á la mujer á un sufrimiento continuo. ¡Oh! comprendo y admiro todos los sacrificios, todas las afecciones desinteresadas cuando tienen un límite; pero no admito el tormento de una mujer que puede pasar una existencia dichosa; no admito que renuncie á todas las alegrías, á todos los ensueños, por el gusto de excitar la admiración del público. Cuando oigo resonar en el pavimento de mi habitación el ruido de mis piernas y de mis

muletas, ese ruido de molino que produzco á cada paso, me sobrecoge una cólera formidable. ¿Cree usted que se puede exigir que una mujer tolere lo que uno mismo no tolera sino á la fuerza? Y además, ¡valiente facha hacen mis patas de palo!

Calló. ¿Qué podía objetarle? Me parecía que estaba en lo justo. ¿Podía censurarla á ella? No. Y, sin embargo... La solución prosaica, lógica, no satisface mis instintos poéticos. Aquellos muñones heroicos se me antojaban dignos de un sacrificio, y el saber que no se había hecho, me producía una decepción.

Le pregunté:

—La señora de Fleurel, ¿tiene hijos?

—Sí, una niña y dos niños; para ellos son estos juguetes que traigo. Su esposo y ella han sido muy buenos para mí.

El tren subía la pendiente de Saint-Germain. Pasó los túneles, entró en la estación, se detuvo.

Iba á ofrecer mi brazo para ayudar á bajar al oficial, cuando dos manos se tendieron hacia él por la portezuela abierta.

—Buenos días, querido Revalière.

—Buenos días, Fleurel.

Detrás del marido sonreía la esposa, muy conten-

ta, aun linda, saludando con sus manos enguantadas. Una niñita brincaba de júbilo á su lado, y dos chiquillos miraban con avidez el tambor y el fusil, que pasaban de la malla del vagón á las manos de su padre.

Cuando el lisiado estuvo en el andén, le abrazaron todos los niños. Luego todos echaron á andar y la niña, por amistad, apoyaba su manecita en el travesaño de una de las muletas, como hubiese podido estrechar, andando á su lado, un dedo de su viejo amigo.

LOS VEINTICINCO FRANCOS DE LA SUPERIORA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
APDO. 1625 MONTERREY, MEXICO

Los veinticinco francos de la Superiora

En verdad que era chocante maese Pavilly, con sus piernas de araña y el cuerpo enteco y los larguísimos brazos y la cabeza puntiaguda, adornada con un espeso plumero de pelo rojo en lo alto del cráneo.

Era un payaso, un payaso campesino, nacido para tomarse la vida en broma, para hacer papeles, papeles sencillos, porque era hijo de labriego, labriego él mismo y con bien poca instrucción. Sí, Dios le había creado para divertir á los demás, á los pobres diablos de aldeanos que no tienen teatros ni conciertos; y les divertía con verdadero entusiasmo. En el café le pagaban copa tras copa para que per-

maneciera en la mesa y bebía como una cuba, reía y bromeaba, burlábase de todo el mundo sin enfadar jamás á nadie ni ofenderle, en tanto que sus oyentes reventaban de risa.

Era tan chocante que las mismas muchachas no se le resistían aún cuando era feo. Las llevaba bromeando á algún rincón, detrás de una pared, á un establo y las hacía cosquillas y las requebraba de un modo tan gracioso, que reían á carcajada tendida. Entonces él fingía desesperarse, decía que se iba á ahorcar, y ellas se morían de risa; Pavilly esperaba el momento oportuno y las tumbaba con tal salero que todas pasaban por el mismo camino, hasta las que habían hecho ascos de él.

A fines de junio se contrató para la siega en la hacienda de maese Le Harivau, cerca de Rouville. Durante tres semanas divirtió de lo lindo á los segadores, hombres y mujeres, con sus bromas, de día y de noche. Durante el día se le veía en la llanura, en medio de las espigas segadas, con un sombrerote de paja que ocultaba su plumero rojo, agavillando con sus huesudos brazos lae doradas mieses, y luego, á lo mejor, hacía un ademán y unos visajes tan grotescos, que no había quien se mantuviera serio. Por la noche se deslizaba como un reptil

hasta los pajares donde dormían las mujeres y sus manos pecadoras arrancaban gritos, armaban zalagardas. Le echaban de allí á zapatazos, y entonces huía á cuatro patas, como un mono fantástico, entre las carcajadas generales.

El último día, mientras el carro de los segadores, lleno de algazara y música, iba por la carretera, al paso lento de sus seis caballos tordos, guiado por un mozo que llevaba una blusa azul y una escarapela en la gorra, Pavilly, entre las mujeres, bailaba un paso de sátiro borracho que encantaba á todos los muchachos y mozos de los contornos, que le miraban boquiabiertos.

De pronto, al llegar á la cerca de la granja de maese Le Harivau, dió un salto levantando los brazos; pero por desgracia chocó, al caer, con la baranda de la larga carreta, cayó sobre la rueda y rebotó contra el suelo.

Sus compañeros se precipitaron hacia él. No se movía, tenía un ojo abierto y otro cerrado, pálido de miedo, con sus largas zancas y brazos estirados, en el polvo.

Cuando le tocaron la pierna derecha, lanzó gritos desaforados, y cuando quisieron ponerle en pie, se cayó.

—Creo que tiene una pata rota—dijo un hombre.

Se había roto, efectivamente, una pierna.

Maese Le Harivau mandó tenderle en una mesa, y un jinete corrió á Rouville en busca del médico, que llegó al cabo de una hora.

El hacendado se mostró generoso y ofreció pagar los gastos de Pavilly en el hospital.

El médico se llevó á Pavilly en su coche y le dejó en un dormitorio encalado, donde se le redujo la fractura.

Cuando comprendió que no moriría de aquella y que iba á ser cuidado, curado, mimado, alimentado sin trabajar, tratado á cuerpo de rey, Pavilly sintió una alegría indecible, y se echó á reir con risa silenciosa que mostraba sus dientes amarillentos.

Cuando una hermana se aproximaba á su cama, le hacía visajes de contento, guiñaba el ojo, torcía la boca y movía la nariz, que era muy larga y movible. Sus vecinos de cuarto, aun cuando enfermos, no podían contener la risa, y la hermana superiora acudía á menudo junto á su cama para pasar un ratito distraído. Reservaba para ella las bromas más chistosas, las estratagemas más inéditas, y

como era un perfecto cómico ingénito, se hacía el devoto para agradarla, y hablaba del Señor á fuer de hombre que sabe estar serio cuando es preciso.

Un día se le ocurrió cantar. La superiora quedó encantada y le visitaba con más frecuencia; luego, para utilizar su voz le trajo un libro de cánticos. Entonces, sentado en la cama, pues empezaba ya á moverse, entonaba con voz de falsete las alabanzas del Eterno, de la Virgen y del Espíritu Santo, mientras la superiora, sentada al pie de la cama, marcaba el compás y le indicaba la entonación. Cuando pudo andar, la superiora ofreció mantenerle una temporada, á condición de cantar en la capilla, ayudar misa y desempeñar las funciones de sacristán. Aceptó. Y durante todo un mes se le vió, de sobrepelliz blanco y cojeando, entonar responsos y salmos con una expresión tan chocante, que aumentó el número de fieles, pues éstos desertaban de la parroquia para acudir á vísperas al hospital.

Pero como todo acaba en este mundo, fué necesario despedirle cuando estuvo curado del todo. La superiora le regaló veinticinco francos por aquel mes de servicios.

En cuanto Pavilly se vió en la calle con aquel dinero en el bolsillo, se preguntó lo que iba á hacer.

¿Volvería al pueblo? Claro; pero no antes de haber echado un trago, del que estuviera privado durante tanto tiempo. Y entró en un café. Sólo iba á la ciudad una ó dos veces al año, y de una de aquellas visitas guardaba un recuerdo agradable y embriagador de orgía.

Pidió una copa de aguardiente, que se echó al coleto de un trago para preparar el camino, y pidió otra para paladearla.

Apenas el aguardiente, fuerte y escarabajeante le hubo mojado el paladar, despertando más viva, después de aquel período de sobriedad, la sensación deseada del alcohol que acaricia y pica y aromatiza la boca, comprendió que se bebería toda la botella, y la compró entera para ahorrar. Pagó tres francos y empezó á embriagarse con sosiego.

Lo hacía, sin embargo, con método, pues quería gozar de otros placeres. En cuanto comprendió que estaba á punto de saludar las chimeneas, se levantó y se fué, con paso vacilante, llevando la botella bajo el brazo, en demanda de un burdel.

Lo encontró, no sin gran trabajo, después de preguntar á un carretero, que no sabía ninguno, á un cartero que le dió mal las señas, á un panadero que le insultó llamándole gorrino, y por fin á un

soldado, que le acompañó de buena gana, y le recomendó que preguntase por Reina.

Pavilly, aun cuando apenas era mediodía, entró en aquel lugar de delicias, donde le recibió una criada que se empeñaba en no abrirle. Pero la hizo reir haciendo un visaje; le enseñó tres francos, precio normal de los servicios especiales de la casa, y la siguió por la sombría escalera que llevaba al primer piso.

Una vez en una habitación, pidió á Reina y la aguardó echando un largo trago.

Se abrió la puerta y apareció la moza. Era alta, gorda, colorada, enorme. De una ojeada rápida, ojeada de inteligente, midió al borracho, que estaba hundido en una silla, y le dijo:

—¿No te da vergüenza á esta hora?

Pavilly balbuceó:

—¿De qué, princesa?

—De importunar á una señora que no ha almorzado siquiera.

Quiso el labriego echarlo á broma.

—No hay hora para los valientes.

—Ni para los borrachos tampoco, bota vieja.

Pavilly se enfadó.

—No soy una bota, ¿sabes? y además, no estoy borracho.

—¿No?

—No.

—¡Ya! Apuesto á que no te pones en pie siquiera.

Y le miraba con la rabia de una mujer que sabe que sus compañeras comen mientras ella se fastidia.

Pavilly se levantó.

—Ahora mismo bailaría una polka.

Y para probar su solidez, subió encima de la silla, hizo una pirueta y saltó sobre la cama, en cuya colcha, sus gruesos zapatos, llenos de barro, dejaron dos manchas espantosas.

—¡Ah! ¡marrano!—berreó la moza.

Y lanzándose hacia él, le dió tal puñetazo, que Pavilly perdió el equilibrio, cayó dando una vuelta redonda, arrastrando el palanganero y quedó tendido en el suelo lanzando horribles gritos.

El ruido fué tan tremendo y los gritos tan agudos, que acudió toda la casa.

El patrón quiso levantar al caído; pero apenas le hubo puesto en pie, el aldeano perdió otra vez el equilibrio y se puso á vociferar que tenía rota la pierna buena, la buena.

Era verdad. Corrieron en busca de un médico. Acudió el mismo que había ido á la granja de maese Le Harivau.

—¡Cómo! ¿Usted otra vez?

—Sí, señor.

—¿Y qué le pasa?

—Que me han roto la otra pierna, doctor.

—¿Quién?

—Esa mujer, ¡pardiez!

Todos escuchaban. Las mozas, á medio vestir, acabando de mascar, la patrona furibunda, el patrón alarmado.

—Esto les va á ocasionar disgustos—dijo el médico.—Ya sabe usted que el municipio le es hostil. Lo mejor sería que no se hablara de esto.

—¿Y cómo lo arreglamos?—preguntó el patrón.

—Lo mejor sería enviar este hombre al hospital y pagar el gasto que ocasione.

El patrón contestó:

—Sí, prefiero eso á que me fastidien.

Pavilly, media hora después, entraba calamocano y gimoteando en el dormitorio del que saliera una hora antes.

La superiora, afligida, levantó los brazos, porque quería al labriego; y sonrió, porque le gustaba verle de nuevo.

—¿Qué le ha pasado, hombre?

—¡Ay, buena hermana! Que me han roto la otra pierna.

—¡Ah! ¿Ha subido usted otra vez á un carro de paja, empedernido bromista?

Pavilly, confuso y socarrón, balbuceó:

—No... no... Esta vez no... esta vez no... No es culpa mía... culpa mía... Un jergón, un jergón tiene la culpa.

La superiora no pudo arrancarle otra explicación, y no supo jamás que aquella recaída se debía á sus veinticinco francos.

UN CASO DE DIVORCIO

Un caso de divorcio

El abogado de la señora Chassel tomó la palabra:

Señor Presidente, señores Jurados:

La causa que tengo el encargo de defender ante vosotros, antes atañe á la medicina que á la justicia, y constituye no tanto un delito como un caso patológico. Los hechos parecen á primera vista muy sencillos.

Un joven, muy rico, de alma noble y exaltada, de generoso corazón, se enamora de una joven muy bella, más que bella adorable, y tan graciosa, tan encantadora, tan cariñosa, tan buena como linda, y se casa con ella.

Durante algún tiempo se porta bien con ella, á fuer de esposo amante, luego la desatiende, la riñe, parece experimentar hacia ella una repugnancia,

una repulsión invencibles. Un día llega hasta el extremo de pegarle, no sólo sin motivo, sino sin pretexto siquiera.

No trazaré aquí el cuadro, señores, de sus rarezas, de sus arranques incomprensibles. No os pintaré la existencia abominable de estos dos seres y el dolor de la joven.

Para convenceros, bastará que os lea algunos fragmentos de un diario escrito por ese desdichado, por ese loco. Pues se trata de un loco, señores, y el caso es tanto más curioso cuanto que recuerda en muchos puntos la demencia del desgraciado príncipe muerto poco há, del rey extraño que reinó platónicamente en Baviera. Llamaré el caso locura poética.

Debéis recordar cuanto se dijo acerca de ese príncipe. Hizo construir en el centro de los más hermosos paisajes de su reino verdaderos castillos encantados. Como no le bastaba la belleza real de los sitios y de las cosas, imaginó y creó esos castillos fantásticos, horizontes ficticios, obtenidos por medio de decoraciones como en los teatros, cambios de panoramas, bosques pintados, árboles con hojas de metal y piedras preciosas. Construyó Alpes y glaciares, estepas, desiertos calcinados por el sol, y,

por la noche, bajo los reflejos de la verdadera luna, lagos alumbrados en su fondo por maravillosas luces eléctricas. Por aquellos lagos nadaban cisnes y se deslizaban barquillas, en tanto que una orquesta, en la cual había los mejores músicos del mundo, embriagaba de poesía el alma del regio loco.

Aquel hombre era casto; era virgen. Sólo amó un ensueño, su ensueño, su ensueño divino.

Una noche llevó á su barca á una mujer, joven, bella; una gran artista, y le rogó que cantara. Cantó, embriagada á su vez por la belleza del paisaje, por la tibia suavidad del aire, por el perfume de las flores y por el éxtasis de aquel príncipe joven y apuesto.

Cantó, cantó como las mujeres enamoradas y luego, enloquecida, temblorosa, cayó en brazos del rey, buscando sus labios.

Pero él la echó al lago y tomando los remos llegó á la orilla, sin cuidarse de si salvaban á la cantante.

Nos hallamos, señores jueces, ante un caso parecido. Ahora leeré párrafos del diario que hemos encontrado en un cajón del escritorio.

* * *

. . . . . .

¡Cuán triste y feo es todo, siempre igual, siempre odioso! Sueño una tierra más bella, más noble, más variada. ¡Cuán mezquina y pobre sería la imaginación de su Dios si su Dios existiese ó no hubiese creado otras cosas en otros mundos!

Siempre bosques, bosques pequeños, ríos que se parecen á otros ríos, llanuras iguales á otras llanuras; todo es parecido y monótono. ¿Y el hombre?... ¡El hombre!... ¡Qué animal tan horrible, dañino y repugnante!

. . . . . .

Sería preciso amar, amar locamente, sin fijarse en lo que se ama. Puesto que fijarse es comprender, y comprender es despreciar. Fuera preciso amar como

se ingiere el vino, no sabiendo lo que se bebe. ¡Y beber, beber, beber sin tomar aliento, de noche y día!

. . . . . .

Creo que he hallado la realidad de mi ensueño. Tiene mi amada algo ideal que no parece de este mundo y que me enamora. ¡Cuán diferentes de los reales son los seres que pueblan mis ensueños! Es rubia, de un rubio dorado, de un matiz indefinible. Tiene azules los ojos. Sus ojos me transportan. La mujer, la que vive en el fondo de mi corazón, sólo tiene vida en los ojos.

¡Oh misterio! Los ojos son un misterio. El universo entero cabe en ellos, puesto que le ven y le reflejan. Contienen el universo, las cosas y los seres, los bosques y los océanos, los hombres y los animales, las estrellas, las artes; todo lo ve y todo lo recoge. Y hay mucho más en ellos; hay el alma, el hombre que piensa y el que ríe y el que padece. ¡Ah! Ved los ojos azules de las mujeres, los que son profundos como el mar, puros como el cielo, cariñosos, cariñosos como la música, como los besos, y tan transparentes, tan claros que se ve detrás de ellos; se ve el alma, el alma azul que les tiñe, que les anima, que les diviniza.

Sí, el alma tiene el color de la mirada. El alma

azul es la sola que sintetiza el ensueño, porque lleva en sí el azur de las olas y del espacio.

¡Los ojos! ¡pensad en ellos! Absorben la vida para alimentar con ella el pensamiento. Absorben el mundo, el color, el movimiento, los libros, los cuadros, lo bello y lo feo, y de todo ello forma ideas. Y cuando nos mira nos da la sensación de una dicha que no es de esta tierra. Nos hace presentir lo que siempre ignoraremos; nos hace comprender que las realidades de nuestros sueños son despreciable basura...

. . . . . .

Me gusta también por su modo de andar.

Même quand l' oiseau marche, on sent qu'il a des ailes,

ha dicho el poeta.

Cuando pasa, se advierte que es de otra raza que las demás mujeres; de una raza más ligera y más divina.

. . . . . .

Mañana me caso con ella. Tengo miedo; tengo miedo de mil cosas.

. . . . . .

Dos animales, dos perros, dos lobos, dos zorros, se encuentran en un bosque. Uno es macho, otro hembra. Se acoplan. Se acoplan por un instinto

bestial que les obliga á perpetuar la raza, su raza, aquella de la que tienen la forma, el pelo, la talla, los movimientos, las costumbres.

Todos hacen lo mismo sin saber por qué.

Así nosotros...

. . . . . .

Esto es lo que hice casándome; he obedecido al imbécil deseo que nos empuja hacia la hembra.

Es mi mujer. En tanto que la deseé idealmente, fué para mí el sueño irrealizable próximo á realizarse.

Desde el instante en que la tuve en mis brazos, sólo fué ya el sér de que la naturaleza se había servido para engañar todas mis esperanzas.

¿Las engañó? No. Y, sin embargo, estoy cansado de ella, cansado hasta el punto de no poder tocarla con mis manos ó con mis labios, sin que el corazón experimente un asco indecible por ella, una asco profundo, grande; el asco del abrazo amoroso, tan vil, que para los seres refinados se ha convertido en un acto vergonzoso, que se cumple en la obscuridad, del que sólo se habla en voz baja y ruborizándose...

. . . . . .

No puedo sufrir á mi mujer cuando acude hacia

mí, llamándome con la sonrisa, con la mirada y los brazos. No puedo. Imaginaba, tiempo hace, que su beso me transportaría al cielo; padeció un día un fiebre ligera y sorprendí en su aliento un soplo leve, casi imperceptible de la podredumbre humana. Me sentí trastornado.

¡Ah! ¡La carne, la carne! Estercolero seductor y viviente, putrefacción que anda, que piensa, que habla, que sonríe y que mira; donde fermentan los alimentos, y que es sonrosada, linda, tentadora y engañadora como el alma.

. . . . . .

¿Por qué únicamente las flores huelen bien, las grandes flores deslumbradoras ó pálidas, cuyos colores y matices estremecen mi corazón y turban mis ojos? Son tan bellas, de estructura tan delicada, tan variadas y tan sensuales, entreabiertas como órganos, más tentadoras que las bocas, y huecas, con labios entreabiertos, dentellados, carnosos, espolvoreadas de una simiente de vida que en cada una de ellas engendra un perfume distinto.

Se reproducen solas, sin ajeno contacto, sin mancha para su inviolable raza, evaporando en torno el incienso divino de su amor, el vaho bien oliente de sus caricias, la esencia de sus cuerpos incomparables, de sus cuerpos adornados de todas las gracias, de todas las elegancias, de todas las formas que tienen la coquetería de todos los colores y la seducción embriagadora de todos los perfumes.

. . . . . .

Fragmentos escritos seis meses después.

...Amo á las flores, no como flores, sino como seres materiales y deliciosos; paso mis días y mis noches en las estufas donde las oculto como las mujeres en el harem.

No hay quien conozca, como yo, la dulzura, el enloquecimiento, el éxtasis estremecido, carnal, ideal, sobrehumano de esas ternuras; y los besos sobre la carne rosada, encarnada, blanca, maravillosamente distinta, delicada, fina, untuosa de las admirables flores.

Tengo estufas en las que sólo penetro yo y el jardinero.

Entro allí como se penetra en un lugar de placeres ocultos. En la alta galería de cristal paso entre dos filas de corolas cerradas, entreabiertas ó abiertas que llegan del suelo al techo. Aquel es el primer beso que me envían.

Esas flores son las que adornan el vestíbulo de mis pasiones misteriosas; son mis servidoras, no mis favoritas.

Me saludan al paso con su brillo tornasolado, con sus frescas exhalaciones. Son lindas, coquetas, dispuestas en ocho filas á derecha é izquierda, y tan apretadas, que parecen dos jardines que vienen á mis pies.

Mi corazón palpita, mis ojos llamean al verlas; la sangre hierve en mis venas, mi alma se exalta y mis manos se estremecen movidas del deseo de tocarlas. Paso. Tres puertas están cerradas en el fondo de esta alta galería. Puedo elegir. Tengo tres harems.

Casi siempre entro donde están las orquídeas, mis adormecedoras adoradas. Su habitación es baja, sofocante. El aire, húmedo y caliente, humedece la piel, hace anhelar el pecho y temblar las manos. Esas raras doncellas provienen de los países pantanosos, cálidos é insanos. Son atractivas como sirenas, mortales como venenos, admirablemente raras, enervadoras, espantosas. Las hay que parecen mariposas de grandes alas, de patas finas, de raros ojos. ¡Sí; tienen ojos! Me miran, me ven, esos seres prodigiosos, inverosímiles, hadas, hijas

de la tierra sagrada, del aire impalpable, de la cálida luz, alma del mundo! Sí, tienen alas y ojos y matices que no puede imitar ningún pintor; todas las gracias, todos los encantos, todas las formas que es posible imaginar. Su seno se ahueca, transparente y oloroso, abierto para el amor y más tentador que la carne de las mujeres. Los no imaginables dibujos de sus cuerpecitos, lanzan el alma embriagada á los paraísos de las imágenes y de las voluptuosidades ideales. Tiemblan sobre sus tallos como para emprender el vuelo. ¿Van á volar, á venir hacia mí? No; mi corazón es el que vuela sobre ellas, como un macho místico atormentado por el amor.

Ninguna ala de insecto puede rozarlas. Estamos solos, ellas y yo, en la cárcel clara que les he construído. Las miro y las contemplo, las admiro y adoro una en pos de otra.

¡Cuán bellas, cuán apetitosas, cuán sonrosadas, con ese rosado que hace entreabrir los labios de deseo! ¡Cuánto las quiero! El borde de su cáliz es ondulado, más pálido que su pecho, y la corola se oculta, boca misteriosa, atractiva, azucarada, mostrando y ocultando los órganos delicados, admirables y sagrados de esos divinos diminutos seres que huelen bien y no hablan.

A veces siento por una de ellas una pasión que dura lo que su vida, algunos días, algunas noches. La quito entonces de la galería común y la encierro en un lindo cuartito de cristal, donde canta un hilo de agua sobre un lecho de césped tropical traído de las islas del Pacífico. Y permanezco junto á ella, ardiente, febricitante, atormentado, sabedor de que ha de morir pronto, mirando como se marchita mientras la poseo, la aspiro, la sorbo y recojo su breve vida en una caricia inexplicable.

. . . . . .

⁂

Al terminar la lectura de estos fragmentos, el abogado añadió:

«El decoro me impide, señores jueces, continuar la lectura de las singulares confesiones de ese loco vergonzosamente idealista. Los fragmentos leídos estimo que os bastarán para apreciar ese caso de enfermedad mental, menos raro de lo que pudiera

imaginarse en nuestra época de demencia histérica y de decadencia corrompida.

»Creo, pues, que mi defendida está plenamente autorizada para pedir el divorcio, dada la situación excepcional en que la coloca la extraña perversión de los sentidos de su esposo.»

¡QUIEN SABE!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

¡QUIÉN SABE!

I

¡Dios mío, Dios mío! ¿Voy á escribir por fin lo que me ha ocurrido? ¿Me atreveré á ello? ¡Es tan extraño, tan inexplicable, tan incomprensible, tan loco!

A no estar seguro de lo que he visto, seguro de que mis razonamientos no erraron, de que no hay equivocación ni laguna en mis observaciones, me creería un simple alucinado, juguete de una rara visión. En fin, ¡quién sabe!

Estoy en la actualidad en un manicomio; pero ingresé en él voluntariamente, por precaución, por miedo. Sólo un hombre conoce mi historia: el mé-

dico de este lugar. No sé por qué se la conté. Quizá para desembarazarme de ella, pues me atosiga como una pesadilla.

Hela aquí:

Siempre fuí un soñador, una especie de filósofo solitario, benévolo, fácil de contentar, sin hiel contra los hombres, sin amargura contra el destino. Siempre he vivido solitario, pues la ajena presencia me embaraza más que me molesta. ¿Cómo explicar esto? No puedo hacerlo. No rehuso el trato de las gentes, ni una invitación para comer con los amigos, no me resisto á hablar; pero cuando hace rato que estoy en compañía, todos mis amigos, aun los más familiares, me cansan; siento un deseo creciente de verles partir ó de marchar yo, de estar solo.

Este deseo es más bien una necesidad imperiosa. Y si no me apartara del lado de los que me hablan, si tuviese que continuar oyendo su conversación ó tomando parte en ella, me acometería, sin duda alguna, un accidente. ¿Cuál? ¡Quién sabe! ¿Quizá un simple desmayo? Probablemente sí.

Tanto me gusta la soledad que no puedo tolerar que otros seres duerman bajo mi propio techo, y no habito París porque la angustia me oprime. Me muero moralmente y me produce tormentos inde-

cibles la multitud que siento en torno, que bulle, que se agita de noche y de día. El sueño ajeno me horroriza aún más que sus palabras. Me es imposible descansar cuando sé que detrás del tabique de mi cuarto hay existencias interrumpidas por esos periódicos eclipses de razón.

¿Por qué soy así? ¡Quién sabe! La causa es muy sencilla; pero el hecho es que me canso en seguida de todo lo que á mí mismo no se refiere. Hay mucha gente por el estilo.

Hay dos razas en la tierra. Aquellos que necesitan de otra gente para distraerse y divertirse y á quienes la soledad, el aislamiento aniquilan como la ascensión de un glaciar ó la travesía de un desierto, y aquellos á los cuales la muchedumbre, el bullicio, les inspiran repugnancia, tedio, y á quienes calma el aislamiento que les da independencia y les devuelve su propio pensamiento.

En suma, se trata de un fenómeno psíquico que no tiene nada de anormal. Unos están organizados para vivir hacia fuera y otros hacia adentro. Yo no puedo fijar sino unos momentos mi atención en lo exterior, y cuando trato de forzarla siento en el cuerpo y en la mente un malestar intolerable.

De ello resulta que siento, que sentía, gran apego

á los muebles, á las cosas, que, para mí, adquieren importancia de seres, y que mi casa se convierte, se convirtió, en un mundo donde vivía una existencia solitaria y activa entre los muebles, y cachivaches familiares, simpáticos á mis ojos como si fuesen rostros. Llené de objetos las habitaciones y en ellas vivía contento y satisfecho como entre los brazos de una mujer amable cuyas caricias habituales se convierten en una tranquila y suave necesidad.

Había hecho edificar la casa en un hermoso jardín que la aislaba de los caminos, cerca de una ciudad, donde podía encontrar los recursos de la sociedad de los que sentía á veces el deseo. Mis criados dormían en un pabellón situado al final de la huerta, rodeada, como el jardín, de una pared muy alta. El abrazo obscuro de la noche en el silencio de mi casa oculta bajo la fronda de los grandes árboles me producía tal reposo y bienestar, que cada noche vacilaba muchas horas antes de acostarme, para saborear más y más el misterioso encanto.

Aquel día se había representado el *Sigurd* en el teatro de la ciudad. Era la primera vez que oía ese hermoso drama musical y de magia, y me interesó mucho.

Volvía á pie, á paso rápido, llena la cabeza de las sonoras frases y la mirada henchida de hermosas visiones. La noche era obscura, tanto que apenas distinguía la ancha carretera, y muchas veces estuve á pique de caer en la cuneta. Desde la zona fiscal á mi casa media un kilómetro largo, unos veinte minutos yendo despacio. Era la una ó la una y media de la madrugada; el cielo se aclaraba algo ante mí y apareció por fin el disco de la luna en su cuarto menguante. El cuarto creciente, el que aparece á las cuatro ó las cinco de la tarde, es claro, alegre, plateado; pero el que sale á la media noche es rojizo, sombrío, temeroso; es la media luna del aquelarre. Todos los noctámbulos pueden haber hecho esa observación. El primero, aunque sea tan delgado como un hilo, lanza una claridad alegre que regocija el corazón y produce en el suelo sombras precisas; el último esparce una luz moribunda, tan vaga que apenas produce sombras.

Advertí desde lejos la mancha obscura de mi jardín y no sé por qué sentí cierto temor de penetrar en él. Acorté el paso. La noche era muy tranquila. La masa de árboles parecía una tumba inmensa en la que estuviese sepultada mi casa.

Abrí la verja y entré en la larga avenida de sico-

moros, que se dirigía hacia la quinta, á modo de alto túnel ojival, á través de opacos macizos, de cuadros de césped donde las flores, bajo la pálida luz, formaban manchas ovales de confuso matiz.

Al acercarme á mi casa me sobrecogió un vago temor. Me detuve. El silencio era solemne. Ni un soplo de aire pasaba entre las hojas. «¿Qué me pasa?» me pregunté. Desde diez años antes llegaba solo por las noches sin sentir jamás la menor inquietud. No tenía miedo. La aparición de un ladrón, de un ratero me hubiese producido cólera y no temor. Además iba armado; traía mi revólver. Pero no lo empuñé porque quería dominar aquel germen de pavura que crecía en mí.

¿Qué era? ¿Un presentimiento? ¿El presentimiento misterioso que se apodera de los hombres cuando van á ver lo inexplicable? Quizá. ¡Quién sabe!

A medida que adelantaba sentía un hormigueo en la piel, y cuando estuve frente á la pared de mi gran morada, sentí que debía esperar unos minutos antes de abrir la puerta y entrar. Entonces me senté en un banco bajo las cerradas ventanas de mi salón. Así permanecí un rato con la cabeza apoyada en la pared y los ojos fijos en la espesura. Durante los primeros momentos, no noté nada insólito en

torno mío. Zumbábanme los oídos; pero tal cosa me ocurre con frecuencia. A veces me parece que oigo pasar trenes, sonar campanas, pasar una muchedumbre.

Pero bien pronto aquellos sonidos fueron más distintos, más precisos, más reconocibles. Me había engañado. No era el zumbido de mis arterias lo que producía aquel rumor, sino un ruido muy particular, muy confuso, sin embargo, que provenía del interior de mi casa.

A través de la pared distinguía perfectamente aquel ruido, que se dijera producido por el cambio de sitio de muchos objetos, como si arrastrasen suavemente todos mis muebles.

Dudé bastante rato de la fidelidad de mi oído. Pero habiéndolo pegado á una madera de la ventana, quedé convencido en absoluto de que algo anormal é incomprensible ocurría en mi casa. No tenía miedo, pero ¿cómo lo diré? estaba atónito, asombrado. No cogí el revólver, pues comprendí que no me hacía falta. Esperé.

Esperé mucho rato, sin ser fuerte á decidirme á nada; con la inteligencia lúcida, pero ansioso hasta lo indecible. Esperé, en pie, escuchando el ruido, que aumentaba cada vez más, que parecía ser ya violento como el que produce un motín lejano.

Luego, de pronto, avergonzado de mi cobardía saqué el llavero, tomé la llave, la metí en la cerradura y abriendo con fuerza empujé la hoja de la puerta hasta la pared.

El golpe resonó como un tiro y á ese ruido de explosión contestó en toda la casa, de alto abajo, un tumulto indescriptible. Fué tan súbito, tan tremendo, tan ensordecedor que retrocedí dos pasos y, aun cuando comprendía la inutilidad del acto, empuñé el revólver.

Esperé todavía, ¡oh! poco rato. Distinguía ahora un extraordinario ruido de pisadas en la escalera, sobre las alfombras, sobre la madera del suelo, unas pisadas, no de calzado, no de seres humanos, sino de muletas, de muletas de madera y de hierro que vibraban como címbalos. Y de repente veo mi sillón, mi sillón de lectura que atravesaba el umbral contoneándose. Se fué hacia el jardín. Los sillones del salón le seguían y los sofás bajos arrastrándose como cocodrilos con sus cortas patas, y todas las sillas dando saltos de cabras, y los taburetes que corrían como conejos.

¡Oh! ¡Qué emoción! Me deslicé hasta un grupo de arbustos y permanecí agachado, contemplando aquel desfile de mis muebles, que se marchaban

unos en pos de otros, aprisa ó lentamente, según su peso y volumen. Mi piano, el gran piano de cola, pasó á galope con ruido de música; los objetos pequeños corrían por la arena como hormigas, cepillos, vasos, copas, iluminados por la claridad pálida de la luna. Las ropas se arrastraban como pulpos de colores distintos. Apareció mi escritorio, un mueble precioso y raro del siglo XVIII, que encerraba todas las cartas que he recibido, toda la historia de mi corazón, la que tanto me hizo padecer. También contenía fotografías.

Se disipó el miedo y me lancé hacia él como hacia un ladrón, como se coge una mujer que huye; pero le empujaba una fuerza irresistible, y á pesar de mi cólera no conseguí retardar su paso. Como resistía yo con desesperación á su impulso espantoso, rodé por el suelo, luchando contra él. Entonces me arrastró por la arena, y los muebles que le seguían pasaban sobre mí pisándome; luego, cuando le hubo soltado, los demás muebles pasaron por sobre de mi cuerpo como una carga de caballería sobre un jinete caído.

Loco de espanto, pude por fin arrastrarme fuera de la avenida y ocultarme entre los árboles para ver

desaparecer los objetos más pequeños, los más insignificantes, que me habían pertenecido.

Luego oí á lo lejos, en las profundidades de la casa, un ruido de puertas que se cierran con violencia. Chocaron con estrépito de alto abajo, hasta la del vestíbulo que yo mismo había abierto ¡insensato! para facilitar aquella huída.

Yo escapé también yendo hacia la ciudad y sólo en las calles recobré mi sangre fría, encontrando paseantes retardados. Fuí á llamar á un hotel conocido. Había sacudido el polvo que manchaba m traje y conté que había perdido las llaves, incluso las del pabellón donde dormían los criados.

Me hundí en la cama que me dieron. No pude dormir y esperé el día sintiendo los latidos de mi corazón.

Había ordenado que avisasen á mis criados á primera hora, y mi ayuda de cámara llegó á las siete.

Parecía trastornado.

—Ha ocurrido una gran desgracia, señor;—me dijo.

—¿Cuál?

—Que han robado todos los muebles del señor, todos, hasta los más insignificantes.

Aquella noticia me regocijó. ¿Por qué? ¡Quién

sabe! Me sentía dueño de mi voluntad, seguro de que á nadie contaría lo visto, decidido á enterrarlo en lo más profundo del pecho, como un terrible secreto. Contesté:

—¡Ah! Entonces debe tratarse de los mismos que me han robado las llaves. Hay que avisar en seguida á la policía. Me levanto y saldremos juntos.

Las pesquisas duraron cinco meses. No se descubrió nada, ni un objeto de los que me pertenecieron, ni huella alguna de los ladrones. ¡Pardiez! Si hubiese dicho lo que vi... me hubieran encerrado á mí en vez de los ladrones.

Supe callarme. Pero no volví á amueblar mi casa. Era inútil. Comprendía que la broma iba á repetirse. No volví á mi casa ni la vi más.

Vine á París y consulté á los médicos acerca de mi estado nervioso, que me preocupaba mucho desde aquella noche deplorable.

Me aconsejaron que viajara. Seguí su consejo.

II

Empecé por una excursión en Italia. Me probó el sol. Durante seis meses erré de Génova á Venecia, de Venecia á Florencia, de Florencia á Roma, de Roma á Nápoles. Recorrí luego Sicilia, país admirable por su naturaleza y sus monumentos, reliquias de griegos y normandos. Estuve en Africa, atravesé pacíficamente el gran desierto amarillo y quieto que pasan los camellos, las gacelas y los árabes vagabundos, en donde la atmósfera siempre transparente y pura no permite ninguna aparición medrosa.

Volví á Francia por Marsella, y á pesar de la alegría provenzal, la luz menos viva me entristeció. Sentí, al volver al continente, la misma rara impresión de un enfermo que se juzga curado y al que,

de pronto, un dolor sordo le advierte que aun persiste un foco morboso en su organismo.

Volví á París. Al mes me aburría. Era en otoño y quise hacer, antes del invierno, una excursión á Normandía, país desconocido para mí.

Empecé por Ruán, y durante ocho días vagué, distraído, alegre y entusiasmado por esa ciudad de la Edad Media, por ese sorprendente museo de extraordinarios monumentos góticos.

Una tarde, cerca de las cuatro, al penetrar en una calle estrafalaria por cuyo centro corre un arroyo negro como la tinta, llamado «Eau de Robec,» me fijé en una serie de tiendas de ropavejeros situadas una al lado de otra.

¡Ah! Habían escogido perfectamente el lugar, aquellos traficantes de antiguallas, en aquel callejón fantástico, junto al siniestro arroyo, bajo los aleros de aquellos tejados de tejas y pizarra donde chirrían aún las viejísimas veletas.

En el fondo de los almacenes obscuros, amontonábanse las arcas esculpidas, las fayances de Ruán, de Nevers, de Moustiers, estatuas pintadas, otras de encina, crucifijos, vírgenes, santos, ornamentos sagrados, vasos, copones, casullas, capas pluviales y un antiguo tabernáculo de madera sobredorada,

que ya había abandonado Dios. ¡Ah! ¡Cuán raras aquellas cavernas, aquellas casas ruinosas repletas, desde los subterráneos á los desvanes, de objetos de toda especie, cuya existencia parecía ya extinta, que sobrevivían á sus naturales poseedores, á su época, á su siglo, á sus modas, para ser comprados como curiosidades, por las generaciones nuevas!

Mi afición á los cachivaches se reavivaba en aquel barrio de anticuarios. Iba de tienda en tienda, atravesando en dos zancadas los puentes de podridas planchas echados sobre la nauseabunda agua del arroyo.

¡Dios mío! ¡Qué impresión! Uno de mis más preciosos armarios apareció de pronto á la entrada de un almacén lleno de muebles, que parecía el umbral de unas catacumbas de trastos antiguos. Me acerqué temblando de pies á cabeza, temblando de tal modo, que no me atrevía á tocarlo. Alargaba la mano, vacilaba. Era mi armario, sí, no cabía duda: un armario de Luis XIII, reconocible para quien lo hubiese visto una sola vez. Mirando más adentro vi tres de mis sillones de tapicería y dos cuadritos sobre madera del tiempo de Enrique II, tan raros, que los aficionados acudían de París para verlos.

¡Pensad, pensad en el estado de mi alma!

Adelanté, presa de vivísima impresión; pero adelanté, porque soy valiente, avancé como un paladín medioeval al penetrar en una cueva encantada. Hallaba, poco á poco cuanto me había pertenecido, mis lámparas y arañas, mis libros, mis cuadros, mis tapices, mis armas, todo menos mi escritorio, que no advertí en punto alguno.

Iba siguiendo las galerías obscuras para subir á los pisos. Estaba solo. Llamaba y no me respondían. Parecía no haber nadie en aquella casa, vasta y tortuosa como un laberinto.

Llegó la noche y me senté en una de mis sillas, porque no quería marcharme. De cuando en cuando gritaba:

—¡Eh! ¿No hay nadie en la casa?

Estaba allí hacía una hora por lo menos cuando oí pasos, pasos ligeros, lentos, no sé dónde. Estuve á pique de huir; pero me rehice y vi luz en la habitación del lado.

— ¿Quién va?—preguntó una voz.

Contesté:

—Un comprador.

—Replicaron:

—¡Vaya unas horas de entrar en las tiendas!

Respondí:

—Hace una hora que le aguardo.

—Vuelva usted mañana.

—Mañana no estaré en Ruán.

No me atrevía á meterme más adentro y él no parecía. Continuaba viendo la claridad de su lámpara, que iluminaba un tapiz en el que dos ángeles volaban sobre los cadáveres de un campo de batalla. También era mío aquel tapiz. Dije:

—¿No viene usted?

Contestó:

—Le aguardo.

Me levanté y ruí hacia él.

En el centro de una amplia sala estaba en pie un hombrecillo, rechoncho y bajo, gordo como un fenómeno, como un fenómeno repugnante.

Tenía la barba amarillenta, clara, mal cortada y ni un pelo en la cabeza. ¡Ni un pelo! Sostenía la luz con el brazo extendido, para verme mejor y su cráneo se me antojó una luna diminuta en aquella sala atestada de muebles viejos. El rostro estaba arrugado y abotargado, los ojos eran casi imperceptibles.

Regateé tres sillas que eran mías y pagué por ellas mucho más de lo que valían, sin decir mi nombre. Sólo dejé el número del cuarto de la fonda

donde me hospedaba. Debían serme entregadas al día siguiente á las nueve.

Salí. Me acompañó hasta la puerta deshaciéndose en cumplidos.

Fuí en seguida á la comisaría de policía donde expliqué el robo de que fuera víctima y el descubrimiento que acababa de hacer.

Pidió acto continuo, por telégrafo, informes al juez que instruyó la causa y me rogó que aguardase la contestación. Llegó al cabo de una hora y era muy satisfactoria para mí.

—Voy á mandar detener á ese hombre é interrogarle,—me dijo—pues pudiera haber concebido alguna sospecha y hacer desaparecer lo que le pertenece á usted. Puede usted ir á comer y volver dentro de un par de horas; le interrogaré de nuevo delante de usted.

—Mil gracias, caballero.

Fuí á comer á mi hotel y comí con apetito. Estaba contento. Le había pillado.

Dos horas después volví á la comisaría. El jefe me aguardaba.

—Mire, caballero,—dijo apenas me vió.—No han encontrado á ese hombre. Mis agentes no han podido cogerle.

—¡Ah!

Me sentí desfallecer.

—Pero... ¿Han encontrado la casa por lo menos?

—Sí, se vigilará hasta su vuelta; pero el pájaro ha volado.

—¿Volado?

—Sí. Casi siempre pasa las veladas en casa de su vecina, también ropavejera, una bruja, la viuda Ridoin. No le ha visto esta noche y no sabe dónde estará. Es preciso aguardar.

¡Ah! ¡Cuán siniestras y embrujadas me parecieron las calles de Ruán!

Dormí mal; tuve pesadillas.

Como no quería parecer muy inquieto ni que la cosa me corriese mucha prisa, esperé á las diez para ir á la comisaría.

El mercader no había parecido. Su almacén estaba cerrado.

El comisario me dijo:

—He hecho todas las diligencias pertinentes. El juzgado está avisado. Vamos á ir al almacén usted y yo. Me indicará usted lo que le pertenece.

Un coche nos llevó. Dos agentes y un cerrajero esperaban á la puerta del almacén, cuya puerta se descerrajó.

Al entrar no vi ni mi armario, ni mis sillones, ni mis cuadros, nada, nada de lo que desapareció de mi casa, cuando el día anterior no podía dar un paso sin tropezar con alguno de aquellos objetos.

El comisario, sorprendido, me miró con desconfianza.

—¡Caramba!—le dije—me parece que la desaparición de esos muebles coincide con la del vendedor.

Sonrió:

—Es verdad. Hizo usted mal en comprar y pagar muebles ayer. Esto le habrá alarmado y ha huido.

Añadí:

—Lo más raro es que en todos los sitios donde ayer había muebles míos, hay ahora otros.

—¡Oh!—replicó el comisario—ha tenido toda la noche de tiempo, y cómplices sin duda. Esta casa debe comunicar con las vecinas. Pierda usted cuidado, caballero; me ocuparé con preferencia en este asunto. El bandido caerá en nuestro poder, pues estamos en su covacha.

. . . . . .

¡Cómo latía, cómo latía mi pobre corazón!

. . . . . .

Permanecí quince días en Ruán. El pájaro no pa-

reció. ¿Cómo pensar que un hombre de tal jaez iba á dejarse coger?

Al día siguiente de salir de Ruán, recibí una carta de mi jardinero, guardián de mi quinta saqueada, la carta que sigue:

«Señor: tengo el honor de poner en su conocimiento que la noche última ha ocurrido un hecho que nadie comprende y la policía menos que nadie. Todos los muebles han vuelto, todos, hasta los más insignificantes. La casa está ahora como antes de ocurrir el robo. Hay para volverse loco. Sucedió esto la noche del viernes al sábado. Los senderos están estropeados como si los muebles hubiesen sido arrastrados desde la verja á la puerta. Lo propio que el día de la desaparición.

»Esperamos á usted, de quien soy humilde servidor.

»Felipe Raudin.»

¡Ah! ¡no, no, no! No seré yo quien vuelva.

Llevé la carta al comisario de policía de Ruán.

—Es una devolución muy ingeniosa—me dijo.—No digamos nada. Ahora, cualquier día, pillaremos al ladrón.

* * * * * * * * * * * * * * * * * *

No, no le han pillado; no. Y ahora me inspira miedo, el miedo que debe sentir uno cuando le persigue una fiera.

¡No hay quien dé con ese monstruo cuya cabeza parece una luna! No le cogerán jamás. No volverá á su casa. ¡Qué le importa su casa! Sólo yo pudiera encontrarle, y no quiero.

No quiero, no; mil veces no.

Y si vuelve, si acude á su almacén ¿quién podrá probar que mis muebles estaban en su casa? No hay contra él más que mi declaración, y comprendo que es sospechosa.

¡Ah! ¡no! Tal existencia no era posible. No podía guardar el secreto de lo ocurrido. No podía vivir como todo el mundo, atosigado por el temor de que se repitiese el estupendo caso.

Fuí á encontrar al médico de este manicomio y se lo conté todo.

Después de interrogarme largo rato, me dijo:

—¿Consentiría usted en permanecer una temporada aquí?

—Con mucho gusto.

—¿Es usted rico?

—Sí, señor.

—¿Quiere un pabellón aislado?

—Sí, señor.

—¿Desea usted recibir á los amigos?

—No, señor; no; á nadie. El bandido de Ruán podría atreverse, para vengarse, á venir aquí.

. . . . . .

Estoy solo, solo completamente desde hace tres meses. Casi me siento tranquilo. Unicamente temo una cosa... Si el anticuario enloqueciese... Y lo trajeran aquí... Ni aun en las cárceles se está seguro...

FIN

ÍNDICE

	Páginas
El suicidio del cura.	7
El puerto	53
Boitelle.	71
El asistente	89
El ahogado.	99
La prueba.	115
Un retrato	151
El lisiado	161
Los veinticinco francos de la Superiora.. . . .	173
Un caso de divorcio..	185
¡Quién sabe!	201